ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

PERIODO 1937-1938

Presidente: don DANIEL SAMPER ORTEGA

Vicepresidente: don DANIEL ORTEGA RICAURTE

Secretario Tesorero: don ROBERTO CORTAZAR

Bibliotecario: don MOISES DE LA ROSA

Inspector del Museo y Biblioteca: don JOSE MANUEL MARROQUIN OSORIO

"BOLETIN DE HISTORIA Y ANTIGUEDADES"

Director: don LUIS AUGUSTO CUERVO

Redactores: don GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA

don MOISES DE LA ROSA

Administrador: don MANUEL JOSE FORERO

CONDICIONES

Número suelto ....$	0.20
Suscripción anual (doce números) ....$	2.00

Anuncios: precios convencionales.

Para lo relativo a suscripciones, anuncios, etc., entenderse con el Administrador del BOLETIN—Edificio de la Academia Colombiana de Historia—Calle 10, Nº 8-95—Apartado de correos Nº 37—Teléfono 40-88.

INSINUACION

La Academia Colombiana de Historia se permite insinuar a los colombianos que posean documentos históricos de alguna importancia, originales e inéditos, se sirvan remitirlos, si no tuvieren inconveniente, a la Secretaría de la Corporación o a la Dirección del BOLETIN, con el fin de estudiarlos y de darles publicidad, si fuere el caso. Con esta medida podrán enriquecerse los anales patrios y salvarse de pérdida definitiva documentos de interés general para la historia del país.

PUBLICACIONES DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

Biblioteca de Historia Nacional:

Volúmenes.

I—**La Patria Boba**, por Caballero, Vargas Jurado y Torres. (Prólogo de Eduardo Posada).

II—**El Precursor.** Documentos sobre el General Antonio Nariño. (Prólogo de Eduardo Posada).

III—**Vida del General Pedro Alcántara Herrán**, por Eduardo Posada y Pedro María Ibáñez.

IV—**Los Comuneros.** (Prólogo de Eduardo Posada).

V—**Recopilación Historial**, por fray Pedro de Aguado. (Prólogo de Eduardo Posada).

VI—**La Convención de Ocaña**, por José Joaquín Guerra.

VII—**El Tribuno de 1810**, por Adolfo León Gómez.

VIII—**Relaciones de Mando de los Gobernantes del Nuevo Reino de Granada**. (Prólogo de Eduardo Posada).

IX—**Obras de Caldas**, recopiladas por Eduardo Posada.

X—**Crónicas de Bogotá**, por Pedro María Ibáñez, tomo I.

XI—**Crónicas de Bogotá**, por Pedro María Ibáñez, tomo II.

XII—**Crónicas de Bogotá**, por Pedro María Ibáñez, tomo III.

XIII—**El 20 de julio**, por Eduardo Posada.

XIV—**Biografía de José María Córdoba**, por Eduardo Posada.

XV—**Cartas de Caldas**, recopiladas por Eduardo Posada.

XVI—**Bibliografía Bogotana**, por Eduardo Posada, tomo I.

XVII—**Vida del doctor José Ignacio de Márquez**, por Carlos Cuervo Márquez, tomo I.

XVIII—**Vida del doctor José Ignacio de Márquez**, por Carlos Cuervo Márquez, tomo II.

XIX—**Antonio Villavicencio**, por José Dolores Monsalve, tomo I.

XX—**Páginas de Historia Diplomática**, por Francisco José Urrutia.

XXI—**Vida de Miranda**, por W. S. Robertson. (Traducción de Diego Mendoza Pérez).

XXII—**Epistolario del doctor Rufino Cuervo**, por Luis Augusto Cuervo, tomo I.

XXIII—**Epistolario del doctor Rufino Cuervo**, por Luis Augusto Cuervo, tomo II.

Volúmenes.

XXIV—**Epistolario del doctor Rufino Cuervo,** por Luis Augusto Cuervo, tomo III.

XXV—**Ricaurte y sus impugnadores ante la crítica,** por Luis Orjuela.

XXVI—**Ferrocarriles colombianos,** por Alfredo Ortega. (Prólogo de Eduardo Posada), tomo I.

XXVII—**Biografía de Salvador Córdoba,** por Alejandro Mesa Nicholls.

XXVIII—**Monografías,** por Rufino Gutiérrez. (Prólogo de Diego Mendoza Pérez), tomo I.

XXIX—**Antonio Villavicencio,** por José Dolores Monsalve, tomo II.

XXX—**Monografías,** por Rufino Gutiérrez, tomo II.

XXXI—**Los Fundadores de Bogotá,** por Raimundo Rivas. (Prólogo de Eduardo Posada).

XXXII—**Crónicas de Bogotá,** por Pedro María Ibáñez, tomo IV.

XXXIII—**Congreso de las Provincias Unidas,** por Eduardo Posada.

XXXIV—**Congreso de Angostura** (actas), por Roberto Cortázar y Luis Augusto Cuervo.

XXXV—**Congreso del Rosario de Cúcuta** (actas), por Roberto Cortázar y Luis Augusto Cuervo.

XXXVI—**Bibliografía Bogotana,** por Eduardo Posada, tomo II.

XXXVII—**Congreso de 1823** (actas), por Roberto Cortázar y Luis Augusto Cuervo.

XXXVIII—**Mujeres de la Independencia,** por José Dolores Monsalve. (Prólogo de Eduardo Posada).

XXXIX—**Apostillas a la Historia de Colombia,** por Eduardo Posada.

XL—**Actas de la Diputación Permanente del Congreso de Angostura,** por José Dolores Monsalve.

XLI—**Memorias Histórico-Políticas,** por Joaquín Posada Gutiérrez, tomo I.

XLII—**Memorias Histórico-Políticas,** por Joaquín Posada Gutiérrez, tomo II.

XLIII—**Memorias Histórico-Políticas,** por Joaquín Posada Gutiérrez, tomo III.

XLIV—**Memorias Histórico-Políticas,** por Joaquín Posada Gutiérrez, tomo IV.

XLV—**Cualidades y Riquezas del Nuevo Reino de Granada,** por Basilio Vicente de Oviedo. (Prólogo de Luis Augusto Cuervo).

XLVI—**Congreso de 1824, Senado** (actas), por Roberto Cortázar y Luis Augusto Cuervo.

Volúmenes.

XLVII—**Ferrocarriles Colombianos**, por Alfredo Ortega. (Prólogo de César Julio Rodríguez), tomo II.

XLVIII—**Comentos críticos sobre la fundación de Cartagena de Indias**, por Enrique Otero D'Costa.

XLIX—**Las guerras de Bolívar**, por Francisco Rivas Vicuña, tomo I.

L—**El andante caballero don Antonio Nariño.** (La juventud), por Raimundo Rivas. (Introducción de Tomás Rueda Vargas).

LI—**Las guerras de Bolívar**, por Francisco Rivas Vicuña, tomo II.

LII—**Las guerras de Bolívar**, por Francisco Rivas Vicuña, tomo III.

LV—**Semblanzas colombianas**, por Gustavo Otero Muñoz, tomo I.

EN PREPARACION:

Las guerras de Bolívar, por Francisco Rivas Vicuña, tomo IV.

Memorias sobre la vida del Libertador, por Tomás Cipriano de Mosquera.

Semblanzas colombianas, por Gustavo Otero Muñoz, tomo II.

Bibliografía Bogotana, por Eduardo Posada y Gustavo Otero Muñoz, tomo III.

Estudios Históricos, por Laureano García Ortiz. (Dos tomos).

Los Fundadores de Bogotá, por Raimundo Rivas. (Segunda edición).

Documentos sobre Jiménez de Quesada, por Enrique Otero D'Costa.

Archivo Santander, 24 tomos.

Archivo Herrán, tomo I. (En preparación).

Conferencias académicas, dictadas en los festejos patrios de 1935. Contiene:

Monólogo en desierto, José Joaquín Casas.

Homenaje a Abdón Calderón. Gustavo Otero Muñoz.

En la Quinta de Bolívar. Gustavo Otero Muñoz.

El historiador don José Manuel Restrepo. Diego Carbonell.

Capítulos de un libro inédito. (Trayectoria militar de Santander). Pedro Julio Dousdebés.

Segunda expedición de Belalcázar al país de El Dorado. Enrique Otero D'Costa.

Las calles de Santafé. Moisés de la Rosa.

Fontibón y su historia. Enrique Ortega Ricaurte.

Impresiones de viaje del primer Ministro británico en Colombia. Eduardo Restrepo Sáenz.

Discurso (Gonzalo Fernández de Oviedo). Eduardo Zuleta.

Conferencias académicas, dictadas en los festejos patrios de 1936. Contiene:

Preámbulo. Roberto Cortázar.

Nariño. (Su fuga y andanzas en Europa). Raimundo Rivas.

Notas bibliográficas acerca del origen de los indios. José Alejandro Bermúdez.

Figuras femeninas de la Colonia. Gustavo Otero Muñoz.

Bolívar, el Congreso de Panamá y la solidaridad americana. Fabio Lozano y Lozano.

Acción jurídica y social de España en el Virreinato de Santafé. Manuel José Forero.

Don José Ignacio de Pombo, prócer de la ciencia. Nicolás García Samudio.

Un capítulo de la biografía del Canónigo chileno José Cortés Madariaga. Daniel Arias Argáez.

La vida extraordinaria del sabio Caldas. Max. Grillo.

El cronista santafereño Juan Rodríguez Freyle. Enrique Otero D'Costa.

Florecimiento y desaparición de la lengua muisca. Carlos Restrepo Canal.

El sobrino del Libertador. Miguel Aguilera.

La juventud de Santander. Luis Augusto Cuervo.

Conferencias académicas, dictadas en los festejos patrios de 1937. Contiene:

Huellas femeninas en las letras colombianas. Gustavo Otero Muñoz.

El Congresillo de Cariaco. Daniel Arias Argáez.

Pedro de Cieza de León. Enrique Otero D'Costa.

Algo sobre el General de División José María Obando. Luis Martínez Delgado.

Simón Bolívar visto por Carlos Marx. Miguel Aguilera.

La Filosofía y el Arte en la narración histórica. Carlos Restrepo Canal.

La Infantería en nuestra historia. Pedro Julio Dousdebés.

Orellana y las Amazonas. Daniel Ortega Ricaurte.

Bolívar y Petión. Luis Augusto Cuervo.

Recuerdos de don José Joaquín Ortiz. José Joaquín Casas.

El General Daniel Florencio O'Leary. Fabio Lozano y Lozano.

José María Obando y el misterio de Berruecos. Fabio Lozano Torrijos.

El estilo y la personalidad literaria del Libertador. A. Zérega Fombona.

Boletín de Historia y Antigüedades, 24 tomos.

La Secretaría de la Academia o la Administración del BOLETIN atenderán la venta de las obras anteriores y de cualesquiera otras publicadas por miembros de la Corporación.

ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

Nómina de sus miembros de número por antigüedad de elección.

---

1 Eduardo Posada (Fundador).
2 Ernesto Restrepo Tirado (Fundador).
3 Eduardo Restrepo Sáenz (Fundador).
4 Ricardo Moros (Fundador).
5 Anselmo Pineda (Fundador).
6 Antonio Gómez Restrepo.
7 José Joaquín Casas.
8 Antonio José Uribe.
9 Francisco José Urrutia.
10 Gerardo Arrubla.
11 Raimundo Rivas.
12 Martín Restrepo Mejía.
13 Antonio José Iregui.
14 Jesús María Henao.
15 Roberto Cortázar.
16 José María Restrepo Sáenz.
17 Fabio Lozano y Lozano.
18 Gustavo Arboleda.
19 Nicolás García Samudio.
20 Luis Augusto Cuervo.
21 Alfonso Robledo.
22 Laureano García Ortiz.
23 José Manuel Marroquín Osorio.
24 Enrique Otero D'Costa.
25 Jorge Ricardo Vejarano.
26 Carlos Cortés Vargas.
27 Miguel Abadía Méndez.
28 Roberto Botero Saldarriaga.
29 Belisario Matos Hurtado.
30 Gustavo Otero Muñoz.
31 Daniel Arias Argáez.
32 Daniel Samper Ortega.
33 Gabriel Porras Troconis.
34 Guillermo Hernández de Alba.
35 Manuel José Forero.
36 Daniel Ortega Ricaurte.
37 Tulio Enrique Tascón.
38 Pedro Julio Dousdebés.
39 Enrique Ortega Ricaurte.
40 ....

DEL REGLAMENTO DE LA ACADEMIA DE HISTORIA

"En las obras que la Academia acepte o publique cada autor será responsable de sus asertos y opiniones; el Instituto lo será solamente de que las obras son acreedoras a la luz pública."

(Artículo 51).

MONSEÑOR JOSE ALEJANDRO BERMUDEZ

Bogotá, marzo 30 de 1886.
Bogotá, marzo 28 de 1938.

Boletín de Historia y Antigüedades

ORGANO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

Director: LUIS AUGUSTO CUERVO

Redactores: GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA, MOISES DE LA ROSA.

Volumen XXV | Colombia—Bogotá, abril de 1938 | Número 282

ELOGIO

del Académico de número señor Canónigo don José Alejandro Bermúdez, leído en la Academia Colombiana de Historia por Monseñor JOSÉ MANUEL MARROQUÍN

Acostumbra la Academia que cuando deja de contestar a lista alguno de sus miembros porque se nos adelanta en el camino, los que quedan se reúnan aquí, no para llenar una fórmula reglamentaria sino para tributar un homenaje sincero a su memoria, para consagrar un recuerdo cariñoso más al amigo que al colega.

Agradezco a la Academia que me haya escogido para expresar ahora lo que todos sentimos.

*
* *

La muerte de José Alejandro Bermúdez ha dado ocasión para que muchos que fueron sus admiradores y amigos, hicieran el recuento de sus méritos y deploraran con sentidas palabras que se hubiera extinguido para siempre una vida laboriosa y fecunda. Al estudiarla, llama la atención lo diverso de sus aficiones; lo múltiple de sus actividades intelectuales; la elasticidad y varias manifestaciones de su ingenio.

Tocóme conocer a nuestro colega desde sus primeros años. No sabría decir si mientras frecuentó los claustros del Seminario dio pruebas de esa brillantez que consiste en obtener siempre en los certámenes anuales las calificaciones más altas, no obstante lo cual muchos fracasan en la vida. En todo caso mostró siempre, lo que para mí vale más, una perseverante inclinación al trabajo y un criterio lúcido y sereno que todos le conocimos.

Cuando abandonó esos claustros, su primera afición, como era natural, fueron las ciencias eclesiásticas y particularmente los Cánones. Como fruto de esa época dejó en colaboración con otro ilustre sacerdote (1) sus «Nociones de Derecho Canónico», y sus conferencias en la cátedra de derecho, de filosofía del derecho y de sociología, que ocupó por más de un cuarto de siglo en nuestra Facultad Nacional y en otros institutos. Su erudición y vastos conocimientos en ambos derechos, el eclesiástico y el civil, le merecieron el honor de ser el único miembro del clero que ha sido elegido para ocupar un sillón en la Academia Colombiana de Jurisprudencia.

Era también Juez sinodal de este arzobispado.

***

Sin abandonar esas disciplinas nunca, casi simultáneamente se despertó en él la afición a los estudios históricos; afición que se explica porque llevaba sangre en sus venas de don Pantaleón y don José Gregorio Gutiérrez, de los Portocarreros y los Alvarez, de Vargas Tejada y otras figuras de relieve en nuestra historia.

Como si hubiera presentido que habría de terminar pronto la jornada, empezó desde muy temprano a alimentarse de recuerdos, y en un libro amenísimo recogió crónicas y tradiciones que salvó del olvido, y ofreció otras veces las ya conocidas, adicionándolas y dándoles novedad en la forma, como quien sirve «vino añejo en odres nuevos.» Qué sugestivos son algunos de sus títulos: La Semana Santa en la antigua Santafé; La Agonía de los Puentes; Los Embozados de 1851.

En muchas ocasiones le oímos disertar con erudición y lucimiento sobre puntos de historia, y no hace mucho con ocasión de los festejos patrios, escuchamos aquí mismo sus «Notas bibliográficas acerca del origen de los indios.»

Con auténticos merecimientos vino a ocupar un puesto distinguido entre nosotros, y no podemos ni debemos olvidar el interés y el cariño que manifestó siempre por esta Academia y cómo supo estimar los beneficios que ella procura a la historia y a sus cultivadores.

En los últimos años de su vida sintió despertarse en él una nueva ambición: «Quiero ser maestro» dijo un día, y fundó su colegio que llamó de Antonio Nariño. A esa noble empresa educadora consagró con grande entusiasmo todas sus horas, fincó en ella toda su ambición, y dejarla comenzada sin haberle dado la consistencia que él soñaba para asegurarle una larga vida, fue la preocupación que amargó sus últimos días. Para

(1) Monseñor José Vicente Castro Silva.

esos niños escribió su Historia de Colombia, obra de mérito por la exactitud en la narración, por el orden y método con que está escrita, por el profundo conocimiento que revela de nuestra historia y por el criterio, acertado e imparcial, para juzgarla. Prueban el mérito de este libro su rápida difusión y los altos elogios que ha merecido.

***

Pero no pararon aquí sus actividades como «maestro.»

No es frecuente que a los aficionados a la historia los atraiga el estudio de los áridos problemas filosóficos, porque la historia es ciencia positiva, se apoya en la realidad, investiga *los hechos*; la filosofía busca la esencia de las cosas y por medio de lucubraciones del ingenio estudia los entes de razón. Y sin embargo dejó también Bermúdez valiosos estudios sobre esta ciencia de las ciencias.

Al enseñar filosofía a sus discípulos sintió la necesidad de un texto que al mismo tiempo que estuviera de acuerdo con los auténticos progresos de la ciencia, pudiera ponerse sin peligro de perversión de su criterio y de ruina de sus convicciones en manos de la juventud. Y entonces, ya en las postrimerías de su vida, cuando su salud empezaba a flaquear, talvez por el excesivo trabajo que se impuso, emprendió la tarea de escribir un texto de filosofía para sus jóvenes alumnos. Logró dejar escrita antes de morir una obra elemental, apropiada para la enseñanza, que abarca la lógica, la ética y la metafísica, que hoy sirve de texto en su colegio y que tiene entre otros méritos el de ofrecer las enseñanzas inmutables de los antiguos juntamente con las legítimas de las nuevas escuelas. *Nova et vetera.*

Y ahí quedó para provecho de sus discípulos esa nueva muestra de su vida intensamente laboriosa, de su consagración a los más arduos estudios.

***

Esas aficiones que pudiéramos llamar profanas, estaban en nuestro colega, naturalmente, subordinadas al estudio de lo que era propio de su alto ministerio.

En la rica y variada biblioteca que formó en muchos años con esquisito gusto, figuran las obras más importantes de Historia, tanto universal como patria, desde los más raros ejemplares hasta las últimas publicaciones históricas; los clásicos griegos, latinos y españoles; los tratados de filosofía escolástica, y los que contienen las más avanzadas teorías de los tiempos modernos.

Pero el fondo de ella lo constituyen las obras fundamentales del dogma y la moral; la ascética y la mística; la teología y el derecho; los comen-

tarios de la Sagrada Escritura, cuyas lenguas originales se empeñó en aprender; la colección completa de los escritos de los padres y doctores de la Iglesia, de Oriente y de Occidente. De allí sacaba como de fuente primitiva sus oraciones sagradas y sus escritos sobre arduos temas doctrinales que vieron la luz en periódicos y revistas, principalmente en la que él fundó con el nombre de *Lecturas*; escritos que sabía presentar en forma atractiva sin que perdiera nada la solidez de la doctrina.

***

Juzgaría yo incompleto este breve bosquejo del alma y de las aficiones literarias a que aplicó su ingenio José Alejandro Bermúdez si omitiera un rasgo sobresaliente y sugestivo de su fisonomía espiritual; un afecto muy hondo que le conocimos los que le tratamos íntimamente y que le da cierta analogía con el autor de las Geórgicas, que mandó grabar sobre su sepulcro estas palabras: *Cecini pascua, rura....*

Para mí las páginas de Bermúdez más sentidas, más sinceras, las que le salieron de lo más hondo del alma son aquellas que revelan su predilección por los goces puros que ofrece la naturaleza a quien sabe gustarlos, a quien encuentra en ella, como él dijo, «un manantial de perenne hermosura.»

Oigámosle.

«Si miro nuestra Sabana de cerca, en una clara mañana de diciembre, evocadora de los gratos recuerdos de la infancia, mis ojos se recrean con la dilatada extensión de estos que fueron dominios del antiguo chibcha y valle hermosísimo apellidado por el conquistador, de los Alcázares....

«Aquí como recuerdo de leyendas peregrinas están por el Sur, Bosa, que un día fue cuartel general de Jiménez de Quesada, y Soacha, famosa por sus ritos misteriosos; por el Centro van apareciendo Fontibón, vestíbulo de los Virreyes; Funza, ciudad poderosa en los días de Tisquesusa.... Hacia el Norte cada pueblo guarda intacta su leyenda: Suba nos trae a la memoria la conversión del primer indio; Cajicá revive en la mente las riquezas de los Zipas, y en medio de todas estas poblaciones aparece Chía, centro del imperio, templo y altar de la luna, diosa tutelar de los indígenas.

«Recorre la Sabana del uno al otro extremo el tortuoso Funza, lleno de asechanzas bajo unas aguas al parecer tranquilas. Abundan los campos de menuda grama; los verdes sauces, los retamos, los robles y nogales.... Las cascadas, luégo de haber retozado en las serranías corren perezosamente por el valle; los sembrados de trigo se agitan suavemente al oreo que viene de los montes; mugen los ganados en las dehesas, y un cielo raras veces limpio de nubes, presta a la Sabana no se qué melan-

colía que se acrecienta visiblemente cuando en las noches frías de luna se oye el croar de las ranas y el triste aullido de los canes en las chozas. En esta Sabana pasé yo la infancia....; la quietud de aquellos campos serenó mi alma y la inclinó desde entonces

"a la rumia sosegada de las penas."

«El abuelo, hombre austero y grande amigo del campo, me llevaba muchas veces a la hacienda. Allí en mañanas frías asistí al ordeño; allí a la hora de la cena oí la lenta charla del mayordomo, quien relataba una y otra vez sus proezas en las guerrillas de Guasca.

«Más tarde me fue lícito gustar muy de cerca las sabrosas aventuras que Vergara relata en su cuento de los Buitres, y subí por esos mismos cerros.... Santafé se fue quizá para siempre, pero en cambio la Sabana permanece, y en ella la vida nuestra tiene una perpetua juventud; tranquila como el Funza, que sólo pierde su mansedumbre cuando abandona la Sabana».

Cuando Bermúdez entró de lleno en la vida, cuando fue quedándose solo, las heredades que fueron de sus mayores habían pasado a otras manos y ya «se encendía en ellas fuego extraño.» Desde entonces, para él el campo, esa «mansión natural del hombre,» fue Yerbabuena. «Allí, dice él, la vista se recrea con la contemplación de los montes sin número y sin nombre, señores de la vasta altiplanicie que circundan y rodean por todas partes;.... el oído con el caer de las aguas que se pierden en la grama, con el canto de los pájaros que anidan en los vecinos alcaparros....; el viento agita las espigas y forma ondas que parecen salidas de un lago de verdura; allí sondea el alma a su sabor el misterio del valle; los ojos siguen vagabundos el vuelo de las aves, las formas caprichosas de las nubes, el lento caminar de los ganados.»

Si los campos de Yerbabuena le inspiraron esas páginas, la casa solariega le sirvió para recoger en su espíritu tradiciones, historias y recuerdos; la memoria de «esos varones esforzados que con lealtad digna de la raza a que pertenecían supieron guardar obediencia al Monarca español»; de los que más tarde abrazaron la causa de la independencia, y de los que después, por raros designios de la Providencia, tuvieron que abandonar aquellos sitios «fuera de los cuales nunca habían concebido la felicidad,» para cumplir un deber ingrato e incomprendido.

«Allá en el fondo y medio recostada en la loma está la casa, dice Bermúdez, con todo el abigarrado conjunto de sus diversas edificaciones. Antójaseme ahora que ella representa tres épocas bien diversas de nuestra historia nacional: primero, la Colonia, pobre, estacionaria y por lo mismo tranquila; luégo la Nueva Granada, turbulenta, inquieta y guerre-

ra; y, finalmente, Colombia, la de hoy, con sus empresas y sus nuevas industrias, que ella quiere establecer echando para ello por tierra viviendas, árboles y muros que formaron en otros días el deleite de una generación ya muerta.»

***

Nada más honroso para la memoria de nuestro colega, ni más grato para los que aquí nos hemos reunido esta noche, que recorrer algunas páginas suyas, castizas y elegantes en la forma, sustanciosas en el fondo, que nos revelan algo de su espíritu y nos descubren su pensamiento. Hay entre ellas una que es muestra y resumen a un mismo tiempo del escritor a quien atrae ante todo la Verdad Eterna; del historiador que se complace en investigar el pasado; del sociólogo que se sirve de las lecciones de la historia para deducir oportunas y atinadas observaciones, y aplicarlas a los tiempos presentes. Escuchémosle.

«A unas cuarenta leguas al norte de Roma, en plena Umbría, se presenta a la vista del devoto peregrino la vetusta ciudad de Asís. Fue fundada en los remotos tiempos del Imperio Romano; es rica en ruinas; alegre por la belleza que le prestan el valle de Espoleto y los vecinos riscos. Allí, en los últimos tiempos del siglo XII vivía un visionario o maniático, que tenía por costumbre arrojar su raído manto por el suelo cuantas veces encontraba en las estrechas calles a un apuesto mancebo y grande trovador, que era la admiración de Asís por lo muy dadivoso y muy dado a imitar los usos y costumbres de la seductora Provenza.

«Sin ser hermoso el tal mancebo a quien tánto veneraba el loco, era muy bien proporcionado y poseía unos ojos dulcísimos que revelaban, sin quererlo él ni pensarlo, una natural inclinación a amar a los hombres y a repartir entre los mendigos las riquezas que hábilmente había acumulado en el comercio de su padre.

«De propósito he querido comenzar mi artículo sobre San Francisco con estos recuerdos de la juventud del Santo, porque es lo cierto, como lo confiesa Henry Tood, "que al mismo tiempo que San Francisco creó una nueva forma de vida religiosa, ejerció una poderosa influencia en la civilización de su tiempo, y en particular en la poesía y en el arte." Lentamente el trovador y el caballero de Asís fue mudando de costumbres. El contacto con las miserias y enfermedades humanas terminaron por desviarle del trato con los caballeros y con los trovadores, hasta que un día diose a imitar a Jesucristo con tan grande éxito, que difícilmente habrá en la historia de la Iglesia quien en este punto le supere y aun le iguale.

«Era por otra parte San Francisco un férvido admirador de la naturaleza, que copia las divinas perfecciones de Dios; y en esto es también el

Santo de Asís un imitador de aquel Señor que se complacía en ponderar la hermosura de los lirios y el rico plumaje de las aves; que iba a buscar en los campos de las mieses, en las viñas, en las higueras y en los rebaños, imágenes bellísimas para adoctrinar por medio de parábolas a las multitudes judaicas; de aquel Señor que buscó un pesebre de animales para nacer; una montaña para vivir; un lago para predicar y la soledad de un huerto poblado de olivas para orar.

«Así como los primeros cristianos lograron llevar una vida común, sin parar en los dislates del comunismo, así Francisco de Asís pudo lograr a su vez que en la Edad Media se renovara la comunidad de bienes de la primera cristiandad, sin aventurarse por los tortuosos senderos semicomunistas de los valdenses de aquel tiempo.

«San Francisco es el verdadero predicador de la pobreza, pero no de la pobreza que insulta al rico y que envidia sus tesoros; sino de aquella otra que sabe hacer del desprendimiento una virtud. Y este aspecto de la vida de San Francisco y de su espíritu es un remedio particular para nuestra época, dominada más que ninguna otra, por el espíritu mercantil y por el amor a un capital que en fuerza de la diversa condición de los hombres, no podrán todos ellos poseer en igual grado. El espíritu de pobreza, a estilo del que predicó el Santo de Asís, es un remedio para nuestra época mucho más eficaz de lo que a primera vista pudiera creerse; es el verdadero remedio que proviene, no de la forzosa e igualitaria repartición de las riquezas, sino de aceptar una situación que antes que los hombres, nos la dio la naturaleza misma, caprichosa repartidora de los dones y de las riquezas.

«Dos obras nos dejó la Edad Media: la "Imitación de Cristo," admirable y única en su género; y la "Vida de San Francisco de Asis", que es a manera de un libro vivo cuyas lecciones se imprimen profundamente en el alma.»

***

José Alejandro Bermúdez ocupó altos puestos. Fue miembro del Capítulo Metropolitano de Bogotá y Secretario general de esta Arquidiócesis; fue escritor justamente apreciado, literato y académico, perito en ciencias divinas y humanas. Y sin embargo no son esos títulos los que justifican por sí solos la estimación y el aprecio que le rodearon en vida y que tan elocuentemente se han expresado con motivo de su muerte.

El secreto está en que había en él un gran fondo de bondad, «una natural inclinación a amar a los hombres,» y a hacerles el bien, no tanto con la limosna que remedia los males del cuerpo, que no siempre es posible, sino con la caridad que comparte las penas y los infortunios del alma y procura aliviarlos con el consejo oportuno, con la palabra alentado-

ra. Contribuyó también sin duda a esa estimación general su carácter ecuánime, que buscaba siempre el justo medio en la apreciación de los hechos; su tolerancia con los yerros humanos mientras no estuviera comprometida la doctrina a cuya defensa se consagró desde muy joven. Llegado el caso supo defenderla.

El nombre de nuestro colega vivirá en sus obras; no se borrará fácilmente de la memoria de aquellos para quienes fue amigo y consejero; la Academia de Historia recordará siempre en sus anales el nombre ilustre y los trabajos históricos de José Alejandro Bermúdez.

LOS LLANOS DE CASANARE Y DEL APURE

De tórax, cuello y dorso de centauro, como Páez y Moreno, eran muchos de los llaneros de Casanare y del Apure. A esos hombres sin aliño del cuerpo y del pensamiento, no es necesario idealizarlos para encontrarles rasgos de belleza y verlos dignos de nuestra admiración. Basta con que nos traslademos al marco de su existencia y los miremos con ojos despejados, en lo real de su sér, en el seno de la naturaleza que los formó y los albergaba, de esa naturaleza que a menudo es más pura y más recta que el juicio de sus espectadores extraños. No han cambiado sustancialmente las cosas, de ese ayer tremente, a nuestro hoy, lleno de posibilidades iguales, y aun mayores, bajo nuestra apacible superficie republicana. En el llano viven familias en buen acomodo, hay sociedad organizada y encierra encantos que no alcanzamos los foráneos. Con sus misterios elementales y sus poderes, el llano suele seducir y aprisionar a muchos hombres cultos, buenos ejemplares de las razas civilizadas. Hemos oído a damas y doncellas hermosas de Casanare, en graciosos altercados oponer su lealtad al llano a la difamación de sus monstruos y sus rigores.

Con algún conocimiento de la vida del llano y de su historia legendaria, y con imaginación gráfica, podemos reconstruír el escenario y la acción de esos libertadores. Podemos representarnos sus riñas vengativas y la algazara de sus rodeos. Su tarareo, con primario sentido de la armonía de los sonidos; sus coplas cantadas, con arte elemental de composición, y de expresión con ritmo del humor y la poesía, de cuyos principios y reglas apenas tienen fugaz dominio. Sus campamentos, de donde provienen mezclados rudios del amolar de hojas y lanzas, risas y voces malsonantes. Soldados mal cubiertos y descalzos trajinando por un suelo con capa de residuos de los mudos amigos, convivientes, brutos más numerosos que los hombres y objeto de sus cuidados y avaricia por servir a la primordial necesidad de la traslación, para la lucha. Relinchos, mugidos y gritos confundidos en los campamentos mixtos de los hombres y los ganados.

Entre el bochinche y el vaho de su mundo se suceden disputas, por la cara que enseñaron los dados y saldos del juego; por palabras que afectaron la reputación de la fuerza de un brazo o el coraje de un pecho; por celos, por el machete, el cubo de la lanza, el cinturón, el apero de ensillar. Apuestas de la carrera, de cruzar el río, del forcejeo, de la enlazada o el coleo del toro. Podemos escuchar los ecos del despertar de su campamento en la madrugada, con dianas estridentes y órdenes tonantes, roces de armas y objetos de su miserable equipo militar, bullicio de personas y cosas en movimiento. Por la noche dormía o velaba, alternativamente, el campamento, bajo el cielo en descampado.

La trompa de cuerno, que guía las manadas con curioso poder de seguimiento, servía de transmisor de los signos y toques guerreros convenidos, a falta de clarines de trofeo y despojo. Cuando llamamos sus sombras con fuerza de emoción y amor, cuando evocamos su historia y sabemos la disposición de sus hábitos y sus mentes, podemos percibir sus tropeles, sus galopes desaforados, y verlos, en su entretenimiento en el juego de la muerte, tras de sus capitanes: los caballos las crines desflecadas, las lanzas enristradas bajo el brazo y en salvajes mechones sus melenas desatadas por la furia de las cargas.

Debemos amarlos y evocar sus sombras para que nos enseñen sus hechos sin complicaciones, porque según decir de pensadores, las grandes acciones son simples y los héroes son sencillos. Así debe ser el relato de sus hazañas, breve, como si ellos lo dictaran, sin composiciones y dejando que el lector pueble de imágenes representativas el campo y los pasos de sus hazañas.

***

Calzada derrotó el 7 de septiembre de 1814 en Mucuchíes a Urdaneta; éste llegó a Cúcuta el 1.° de octubre; fue llamado por el Congreso desde Tunja, y en Pamplona encontró a Bolívar, quien, después del sol cenital de Aragua, había salido con Mariño, llegó a Cartagena y siguió por Ocaña; tomó el mando de la división de Urdaneta y de las tropas de la Confederación para someter a los disidentes de Bogotá; tomada la capital el 12 de enero de 1815 marchó Bolívar con 2,000 hombres a someter a los realistas de Santa Marta; atacó en cambio al gobierno de Cartagena, y después de más de un mes de sitio a esta plaza patriota se embarcó para Jamaica el 8 de mayo siguiente. Puso fin a la discordia la llegada de Morillo a Venezuela y su aproximación a Nueva Granada.

Cuando Calzada atravesó la cordillera entre Casanare y Boyacá, nuestros jefes militares y nuestros magistrados civiles se encontraban en la impreparación, de su característica imprevisión, de suerte que no supieron el número de soldados que traía Calzada. Los llamaban los fugitivos

de Chire. El general García Rovira se movió del Socorro a Málaga. El doctor Fernando Serrano llamó urgentemente a Urdaneta, quien se encontraba al frente de nuestras tropas que vigilaban la frontera con Venezuela; reunió éste las fuerzas que estaban destacadas hasta La Grita, y marchó rápidamente al encuentro de Calzada; éste había dado un corto descanso a sus 2,000 hombres en el Cocuy, y el 15 de noviembre de 1815 se puso en marcha hacia Cúcuta. De Málaga informó el general García Rovira al gobernador Serrano, «que algunos daban a Calzada hasta 600 hombres, pero que él por varios motivos creía que sólo eran 400, mandados, no por Calzada, sino por otro facineroso semejante; que iba a atacarlos de firme, luégo que se le reuniera el comandante Buitrago, con una división respetable, etc.» Este parte lo recibieron el gobernador de Pamplona y Urdaneta en Silos, y creyeron, por la rapidez con que avanzaba Calzada, quien ya se acercaba a Chitagá, que García Rovira lo venía persiguiendo; para atajarlo y cogerlo a dos fuegos (se dijeron) le salieron al encuentro en el río Chitagá.

Traía este valiente realista 1.800 fusileros y 200 jinetes lanceros. Urdaneta y el gobernador sólo disponían de 500 fusileros y 500 lanceros. Nuestro ejército, el 25 de noviembre (1815), tomó posiciones en la cuesta de Bálaga y empeñó el combate a las dos de la tarde, confiadamente, con 400 infantes que bajaron hacia el río Chitagá. Cuando Urdaneta conoció que el enemigo era como de 2,000 hombres, ya no tuvo tiempo de disponer una segura retirada; sostuvo el combate hasta las 5 de la tarde. El río estaba bajo, y el enemigo lo pasó por varias partes, amenazando cortar y envolver nuestro ejército, que se retiró en desorden, dejando unos 200 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y perdiendo muchos soldados por la dispersión. Llegó Urdaneta a Cácota con 200 hombres, de donde hubo de salir porque se acercaba el enemigo, a las 11 de la noche. En la madrugada del 26 llegó a Pamplona, de donde marchó a las 10 de la mañana hacia Matanza, salvando el parque, los archivos del gobierno y la tesorería.

El doctor Francisco Javier Yáñez, miembro del Congreso de Venezuela en 1812, hombre de ilustración que ocupó altos puestos en el ramo judicial en su patria, era en ese día teniente gobernador de la provincia de Pamplona; y antes de abandonar la ciudad el día 26, hizo asesinar a varios españoles europeos, cuyos cadáveres encontró Calzada en las calles y en los alrededores de la población, «acción de crueldad innecesaria, pues comprometía la existencia de multitud de patriotas.» Los 5 españoles pacíficos y buenos de Paipa, que sacrificó Urdaneta, los 27 de Honda, prisioneros y en custodia de sus verdugos, oficiales de Bolívar, a quienes éste justificó por su delito, y estos 10, digamos, de Pamplona,

junto con otras partidas de que no se tomó nota, asesinados en territorio granadino, por esa cuchilla de la locura, los pagámos con granadinos inocentes cuyos nombres se leen en las placas del monumento del parque de los Mártires en Bogotá y en largas listas de los boletines de historia.

A tiempo de esta invasión de Calzada se encontraba el coronel Santander en Ocaña, enviado por el gobierno granadino a socorrer a Cartagena, sin barcos para atravesar el río Magdalena y sin los refuerzos que esperaba. «Apoderado Calzada de Pamplona, todo mundo creyó cortado a Santander: éste, sin embargo, no se arredra ni pierde un momento; siguiendo el fragoso camino de Ríonegro a Girón, consigue pasar casi al frente de las posiciones enemigas y reunir su columna íntegra con los restos que los generales Urdaneta y Rovira habían juntado en la villa de Piedecuesta después de la derrota de Bálaga. Tal retirada hizo mucho honor a Santander, a quien por ella dio las gracias el gobierno de la Unión; él trajo un auxilio muy oportuno en circunstancias críticas.» (Restrepo). Tenía entonces Santander veintitrés años de edad. Vino luégo el desastre del combate de Cachirí, en que nuestro mártir estudiante, y estudiante de táctica en libros, adoptó la de *escalones* de reclutas contra masas veteranas y aguerridas, que Santander desaconsejó y objetó, mas sin razones de autoridades de libro, sino con las de la enseñanza de su experiencia en Chopo, San Faustino, Cúcuta, Angostura de La Grita, etc. Después sucedieron la retirada a Bogotá, las controversias con el presidente Fernández Madrid y otras autoridades y la marcha de Serviez y Santander a Casanare.

***

Al terminar el año de 1814, Casanare era la provincia granadina más inmediatamente expuesta a caer bajo el dominio realista, a raíz del desastre de la guerra a muerte en Venezuela. El gobierno de la Unión envió prontamente al coronel Joaquín Ricaurte con 200 hombres y un cuadro de oficiales a organizar fuerzas llaneras. Es este el primero y el último acto de sensatez militar que se puede apuntar a nuestros magistrados próceres. Al principiar 1816 ya tenían Ricaurte y su bravo segundo Francisco Olmedilla unos 1,000 jinetes, lanceros y carabineros, bien organizados. Los soldados de caballería de Casanare podían contarse entre los mejores de su arma en América.

También habían ido allí varios de los oficiales que vinieron de Venezuela con Urdaneta; por la vía de la Salina de Chita siguieron para Casanare el coronel Miguel Valdés, el mayor Pedro León Torres y el capitán José Antonio Páez. Así se formó la base del ejército granadino de Oriente, que en gran parte se confundió entre los cuerpos del ejército de Apure, bajo el mando y el amparo aquilinos de Páez. Después de Mucuchíes,

en septiembre de 1814, Calzada había quedado en Mérida, por orden de Cajigal. El capitán general Francisco Montalvo, residente en Santa Marta, le había ordenado invadir la Nueva Granada avanzando por Ocaña hasta ponerse en contacto con las fuerzas realistas del Magdalena. Calzada fue a Guasdualito a guarnecer esa plaza con el fin de proteger la salida de ganados para los valles de Cúcuta y del Táchira, desprovistos de carnes; y regresaba a unirse con el coronel Remigio Ramos, jefe de su caballería, quien había avanzado con 1,200 jinetes hasta las posiciones de Chopo, que defendía el coronel Santander con 400 infantes. Ramos no se atrevió a atacar esas posiciones y regresó al valle de Cúcuta. Venía Calzada de Guasdualito a poner en ejecución el plan de Montalvo, con 1.000 infantes, cuando en el sitio El Teteo, cerca de San Cristóbal, lo alcanzó el comandante Pacheco, a quien había dejado de jefe de la guarnición de Guasdualito y venía a traerle personalmente la noticia de su desgracia, que aconteció de la siguiente manera:

El 29 de enero de 1815 al amanecer rodeó Olmedilla en Guaduaslito a Pacheco y sus 800 lanceros y 100 carabineros, todos de a caballo. El comandante realista ordenó romper en súbita y general acometida el cerco de los patriotas, por el punto del camino hacia Cúcuta; mas dio la circunstancia de que justamente en ese punto se encontraba el comandante Páez, quien a su vez, con su escuadrón siempre listo a la carga, partió de frente contra el grueso realista a buscar el choque: fue fulminante el destrozo que Páez hizo, mató a muchos y el resto aterrado se dispersó por los bosques vecinos. Los demás escuadrones patriotas, «casi nada tuvieron que hacer,» reza el parte de la acción. Perdieron los realistas allí sus mejores oficiales, 150 muertos y 265 prisioneros, que en gran parte se incorporaron a nuestras filas. Según el parte de Calzada a Montalvo, de esos 900 hombres no pudieron reunirse después sino 25. Páez persiguió al enemigo hasta el Apure, en donde causó daño a las tripulaciones de algunas lanchas realistas. El valiente y activo Olmedilla se situó en Arauca y aumentó sus tropas de caballería.

Del lugar El Teteo contramarchó Calzada hacia Barinas, llamó a Ramos y siguió a recuperar a Guaduaslito. Las marchas y contramarchas de las fuerzas realistas le ocasionaron considerables bajas; en febrero regresó Calzada a Guaduaslito, en donde reorganizó y aumentó sus tropas. En los primeros días de marzo proyectó pasar con unos 2.000 jinetes a los llanos de Casanare y de éstos seguir sobre la Nueva Granada, tramontando la cordillera; se había puesto ya en marcha cuando recibió orden de Cajigal de no emprender esa operación, por temor de este jefe español de que la columna de Urdaneta que había tomado la vía de San Camilo ocupara a Guasdualito. En este lugar tomó Calzada, pues, sus cuarteles

de invierno hasta octubre de 1815. En este mes ya terminaba el invierno y emprendió el audaz español la marcha, que en vano intentaron detener en los pasos de los ríos Lipa, Ele y Casanare las fuerzas al mando del coronel Joaquín Ricaurte, en número de 1.000 jinetes y 150 infantes. El 31 de octubre dio combate Ricaurte a Calzada en la llanura de Chire, al pie de la cordillera. Calzada perdió gran parte de su caballería, más salvó su infantería en la cordillera inmediata, y con 2.000 hombres la tramontó, y avanzó después de Bálaga a apoderarse de los valles de Cúcuta y ponerse en comunicación con los realistas de Santa Marta, Maracaibo y las provincias de Venezuela limítrofes.

Ricaurte confió al comandante Miguel Guerrero la operación de reocupar a Guasdualito, con parte de las fuerzas de Casanare. El 14 de diciembre de 1815 atacó Guerrero cerca del sitio de Mata de Miel al gobernador realista Ildefonso Arce, quien tenía allí 300 hombres, que fueron derrotados, con pérdida de 84 prisioneros, quedando los restantes muertos o dispersos. El botín fue de 900 caballos, 100 lanzas y algunos efectos militares. Los patriotas ocuparon a Guasdualito.

Arce reunió activamente nuevas fuerzas. Ricaurte envió contra él a Páez al frente de 300 jinetes; lo encontró en el paso del Apure, llamado Palmarito. Era una columna, al mando del realista Vicente Peña, de poco más de 300 hombres. En una sola acometida, el 2 de febrero de 1816, a las seis de la mañana, derrotó Páez esa columna, tomó prisionero a Peña con 25 de sus hombres y 200 caballos; este parte, como algunos otros, también concluye así: «el resto del enemigo quedó muerto o disperso.»

El gobernador de Barinas, Francisco López, avanzó con 1.100 jinetes y 300 infantes a atacar la división patriota de Casanare. Ricaurte y Guerrero estaban enfermos; mas los oficiales pidieron que los dejaran salir sin comandante general al encuentro del nuevo enemigo. Ricaurte confió a Páez el mando de 500 jinetes casanareños. Apenas andadas cuatro leguas desde Guasdualito, encontró Páez a los realistas en el sitio de Mata de la Miel, el 16 de febrero de 1816. Los patriotas avanzaron sobre el enemigo en tres columnas, al mando de Ramón Nonato Pérez, Miguel Figueredo y Antolín Mujica. La fuerte división realista tenía sus dos alas de caballería apoyadas en dos pequeños bosques; su infantería, con un cañón, se parapetó oculta en los dos bosquecillos. Páez reconoció rápidamente la posición del enemigo, y ordenó la carga simultánea y el choque a fondo. El enemigo resistió con denuedo, como lo enseña el haber dejado 400 muertos. El botín fue de 190 prisioneros, 280 caballos, considerables cabezas de bovinos y 100 monturas, artículo precioso en ese mercado. Páez persiguió a los derrotados hasta Canagua, cerca de la

ciudad de Barinas, y se apoderó en esa correría de 1.500 caballos, que pasó al otro lado del Apure.

Al regresar Páez a Guasdualito encontró que los oficiales no querían reconocer como jefe al comandante Guerrero, mas con su intervención y sus instancias fue aceptado. Ricaurte enfermó gravemente y hubo de regresar a Cundinamarca; quedó el coronel Miguel Valdés en su lugar como comandante general del ejército del oriente de la Nueva Granada, denominación oficial de esa fuerza, base y principio de los triunfos y las operaciones de Páez en los dos años siguientes. Páez en el Apure, y Santander en Casanare desde octubre de 1818, habrán de reparar los errores militares que varias veces destruyeron las más bellas situaciones que hicieron la guerra más larga y más sangrienta de lo necesario y razonable.

El 31 de agosto el comandante Miguel Antonio Vásquez, tras de ligero combate ocupó el Mantecal y se apoderó de 800 caballos; hubo de retirarse Vásquez de allí ante una división de 800 jinetes realistas al mando del presbítero y coronel Andrés Torrellas. Páez se puso al frente de la columna de Vásquez, aumentada ya a 500 jinetes. Torrellas retrocedió ante Páez, hasta Nutrias. Las incursiones de nuestros llaneros por el territorio entre el Arauca y el Apure atraían compañeros, proporcionaban caballos y formaban el sentimiento del nacionalismo criollo.

En los primeros meses de 1816 se cumplió lo natural y justificable, entre esos hombres; lo que sin duda fue conveniente y lo mejor, en esos momentos, en ese medio que convida a la independencia de reglas extrañas, aunque sean adelantadas y necesarias en los medios civilizados; allí no podía ni debía mandar el jefe designado por el agente del Estado, sino el miembro de todas las partidas de hombres, reunidas, que cautivara por el amor fraternal y por sus hechos asombrosos. Se necesitaba para ellos el compañero en jefe. Páez era rudo soldado, llanero integral, fraternal con dignidad y compostura, para con sus hombres, y de urbanidad encantadora, a la vez, para con los hombres de cultas esferas. Desaparecido a poco el gobierno de la Nueva Granada, sojuzgada por Morillo, los llaneros empezaron a manifestar su inconformidad con la autoridad de Urdaneta, nombrado como organizador dictatorial de Casanare. Compuesto ya el ejército de oficiales en gran mayoría venezolanos y obrando en territorio venezolano, Valdés se sintió independiente. La provincia de Casanare fue pronto invadida por las fuerzas realistas de la Nueva Granada, y los llanos del Apure ofrecieron el campo adecuado para la estrategia de Páez, desde donde podía golpear sobre las provincias de Barinas y Caracas.

En junio de 1816 todavía se sostenía Páez en el Mantecal. El coronel

López, gobernador de Barinas, se propuso atacarlo y marchó contra él con 1 200 jinetes, 600 infantes y 6 cañones. Páez sólo tenía 400 jinetes, mas esperó al realista en una sabana limpia, cerca del pueblo. López extendió su formación a la derecha del caño Caicara, que es pantanoso; su frente lo protegía una laguna, y apoyaba su espalda en un bosque. Quedaron los dos enemigos a mil varas uno del otro. Ese día era el 16 de junio de 1816; durante él apenas hubo provocaciones y un encuentro entre 200 realistas y 50 carabineros patriotas al mando de Antolín Mujica, con ventaja para los nuestros. Por la noche Páez acampó en un médano circuído de agua, a fin de evitar una sorpresa, pero manteniéndose cerca del enemigo. López se retiró durante la noche, marchando rápidamente hacia el paso del Frío, del Apure. Al cabo de dos días de marcha alcanzó Páez a los realistas en el mencionado paso y al amanecer cargó sobre ellos, les tomó 500 caballos de su remonta y les dispersó más de 200 hombres.

En seguida destacó al capitán Antonio Rangel con 200 jinetes a ocupar la isla de Achaguas. Mas en ésta había fuerte guarnición compuesta por los soldados dispersados en el paso del Frío y por otros reunidos por el coronel Torrellas. El 19 de junio atacó Rangel un cuartel de 100 hombres de infantería, causándoles algunas bajas; mas inesperadamente salieron de otro cuartel 200 lanceros realistas, y los hombres de Rangel huyeron en desorden. Cayó prisionero Antolín Mujica por haberse atascado su caballo; fue fusilado y su cabeza la remitió Torrellas a Calabozo, para exhibición y escarmiento. Rangel regresó con pocos hombres, porque desertaron los demás.

El 23 de junio llegaron a Pore las fuerzas de Serviez y Santander, en número de 56 infantes y 150 jinetes. Se unieron en Chire a los 400 jinetes casanareños de Urdaneta y el día 29 dieron el combate de Guachiría, haciendo retirar a la cordillera a la columna del realista Villavicencio.

Empiezan ahora a venir episodios que ofrecen el interés de la mezcla de lo doloroso y lo grande, conflictos de pasiones y actitudes semisalvajes unidas al instinto de la independencia y del amor al país; lo épico junto al desorden aparente. Sobre todo eso, flota y queda una historia seductora. Hubo los choques naturales entre los granadinos y los venezolanos. Dice Restrepo: «Originábase aquella antipatía, en su mayor parte, de que los guerreros venezolanos despreciaban a los granadinos, menos acostumbrados a los combates; de que los primeros llevaban una vida más licenciosa, en fin, del carácter que podemos llamar cruel y endurecido por la guerra a muerte que hicieron por algún tiempo los venezolanos. En la Nueva Granada no podía sufrir la mayoría de sus habitantes tamaños desafueros; así, los venezolanos de ningún modo eran queri-

dos, y muchos granadinos huían de asociarse con ellos. Aunque tales motivos de alejamiento honran las virtudes de los granadinos y la sensibilidad de sus corazones, produjeron en aquella época graves perjuicios.»

Había en los Llanos tres columnas, independientes entre sí: la de Serviez y la de Juan Nepomuceno Moreno, de casanareños y cundinamarqueses; y la de Miguel Valdés, la más numerosa, de venezolanos. Interesado Valdés en que se unificara el comando general de esas fuerzas, y deseosos algunos de que se creara siquiera una sombra de gobierno, invitó Valdés a una Junta de Jefes y oficiales principales, que se reunió en Arauca el día 16 de julio de 1816. Asistieron Valdés, su auditor Unda, Santander, Páez, Guerrero, Paredes, Carreño, Mesa y Burgos. Este último representó al gobernador de Casanare, Juan Nepomuceno Moreno, y Santander representó a Urdaneta y a Serviez.

Resultó elegido Presidente de la República el doctor Fernando Serrano, y Santander fue nombrado Comandante general del ejército. «Sorprendido Santander al publicarse el resultado de la votación, y no creyéndose con las calidades necesarias para mandar a los llaneros de Venezuela, de quienes se componía la fuerza principal del ejército, hizo esfuerzos para que se le admitiera la renuncia, que presentó en el acto; pero los jefes que habían hecho el nombramiento se manifestaron satisfechos de la elección, y no quisieron admitir la excusa. Uno de los motivos principales que hicieron desde entonces predecir a Santander un mal resultado de aquella elección, fue que se le había tachado, desde los sucesos de Cúcuta entre Bolívar y Castillo, de enemigo de los venezolanos. La rivalidad entre éstos y los granadinos había crecido aún más por la guerra que Bolívar hizo a Cartagena en 1815.» (Restrepo).

En seguida de esta elección se trasladaron a Guasdualito las tropas y los emigrados que se encontraban allí, para librarlos de las columnas de Latorre y Villavicencio. El comandante Ramón Nonato Pérez continuó en su independencia, de todos, con algunas partidas en los llanos de Cuiloto; contaba con unos 200 hombres y siempre mantenía superabundante remonta de caballos. La incorporación de esta pequeña fuerza al ejército era muy importante, y Santander envió a Páez a la Trinidad a ver de inducir a Pérez a la unión y al mismo tiempo a reunir caballos. Pérez no accedió nunca a unirse formalmente a ningún otro jefe; prefirió trabajar en la empresa común manteniendo su independencia.

Páez era el «supremo,» indicado por los momentos, por el medio territorial y por el carácter de la grandiosa horda. Santander no sabía alternar con los llaneros en la necesaria familiaridad y el compañerismo indispensable, para mantenerlos en relativa obediencia. Quiso renunciar

nuevamente, varias veces, pero los oficiales venezolanos encontraban lo mejor y lo único expedito su desconocimiento y la proclamación del sucesor. Los principios y reglas invariables de Santander eran también diferentes en esta materia de cambio de jefes, y determinó no allanarse al procedimiento. Mintiendo hermosamente, Páez relata en su autobiografía el episodio, así:

«Una legua antes de llegar a la presencia de Santander supe por varios jefes y oficiales que salieron a encontrarme, que la tropa me había nombrado jefe supremo y estaba formada en su campamento, aguardándome para obtener mi consentimiento. Dichos jefes y oficiales me rogaban, cuando llegamos a la Parroquia, que no fuese a dar cuenta a Santander del resultado de mi comisión, pues ya él había dejado de ser jefe. Hicieron muchas otras observaciones a que no atendí, y traté de separarme de ellos para ir a la casa de Santander y darle cuenta de la comisión que me había encargado. Quisieron impedírmelo, haciéndome ver que yo era su jefe, que no tenía que dar cuenta a nadie, y me suplicaron que marchase con ellos a presencia de la tropa para hacerme reconocer como Jefe supremo. Me resistí, separándome de ellos, y fui a la casa de Santander, a quien di cuenta de mi comisión sin decirle nada de lo que acababa de pasar. Luégo que me retiré al rancho que me servía de habitación se presentaron los mismos jefes y oficiales con muchos más paisanos a instarme de nuevo para que fuese con ellos a presencia de las tropas que estaban formadas para reconocerme; por la centésima vez volví a negarme.

«Mas, en esto se presentó Santander en medio de aquella reunión preguntando qué había, pues observaba que la tropa se hallaba formada. Contestáronle que considerándose en inminente peligro por las circunstancias críticas que los rodeaban, habían resuelto conferirme el mando supremo y obedecer ciegamente mi voluntad, seguros como estaban de que yo era el único que podía salvarlos del peligro que por todas partes los amenazaba. Respondió Santander que él tenía la misma convicción, y que además se sometería con gusto a mis órdenes siempre que le admitiesen la renuncia que formularía en aquel momento. Observáronle la inutilidad de tal renuncia porque ya habían desconocido su autoridad; que ellos, con el pueblo que se había salvado de los españoles, representaban la soberanía; que en ningún punto de la Nueva Granada ni de Venezuela había quedado gobierno alguno. Insistió sin embargo el jefe en que se le admitiera su renuncia. Resistió la asamblea sus súplicas con todas veras, hasta que clavando Santander su espada en tierra dijo con mucha energía, que prefería que le quitaran con ella la vida antes que consentir en el ultraje que se le tenía en mientes. Tomé entonces por pri-

mera vez la palabra y manifestando la justicia de esa exigencia de Santander dije que no aceptaría el mando si no se le admitía a él la renuncia como lo deseaba. Accedieron por fin, y entonces acepté el mando supremo y fui reconocido como jefe.»

La primera medida que dictó Páez fue la de cancelar esa presidencia de República. Después formó tres divisiones, al mando de Urdaneta, Santander y Serviez. A fines de septiembre se dirigió por el camino de la Trinidad a Achaguas, en el Bajo Apure. El comandante realista Francisco López lo esperaba a la izquierda del Arauca, en el hato del Yagual. Dejó Páez los hombres inútiles, las mujeres y los niños de la emigración, una ciudad nómade de cerca de diez mil infelices, en los médanos de Araguayuna, a 16 leguas de Achaguas, custodiados por una compañía de caballería. Un emigrado tránsfuga avisó a López que no debía esperar a los llaneros de Páez en campo abierto, porque «su caballería era temible a causa del arrojo y confianza que tenían los jinetes en la lanza y el caballo.»

Páez tenía 700 jinetes. La fuerza de López constaba de 1.700 jinetes, 400 infantes y algunas piezas de artillería. El 6 de octubre iba Páez con ocho compañeros, entre ayudantes y ordenanzas, más de una legua adelante del ejército. Una mujer que estaba sola en una choza le avisó que a poca distancia, en el hato de Los Cocos, había enemigo. Páez avanzó en reconocimiento, y vio que un oficial realista se alejaba con 150 lanceros y carabineros, custodiando una madrina o recua de 100 caballos, artículo que nuestro ejército necesitaba malamente. No resistió Páez la tentación del precioso botín, y embistió. Hicieron los realistas la primera descarga de sus 30 carabinas, pero las nueve lanzas traspasaron activas y feroces los bultos humanos contrarios, y sólo escaparon ocho soldados con su capitán, Facundo Mirabal. Los demás, muertos o prisioneros, no se sabe en qué proporción.

Al día siguiente empezó Páez a flanquear la posición de López y dio un día de descanso a las lanzas y a los amados brutos, en el sitio de Las Aguaditas. Levantado el descanso, y cruzando pantanos y caños en cuyo lodo atascante las cabalgaduras se maltrataban más, por la noche cortó la retirada de los realistas hacia Achaguas. Hizo Páez esta maniobra con dos grandes y definidos objetos: poner a sus soldados en la estrecha alternativa de triunfar o de morir, y apoderarse del tesoro de caballos de remonta que el enemigo custodiaba a su retaguardia.

En los días 8 a 11 de octubre hubo provocaciones, sorpresas, una serie de pequeños y a veces fuertes encuentros. Nos dice Restrepo que el día 8 Jenaro Vásquez con su escuadrón empeñó pelea con la caballería realista al mando del cura y coronel Torrellas, y la hizo retroceder. Con

hábil golpe al fin Páez se apoderó de la codiciada remonta del enemigo, dejándole en cambio libre la retirada el día 11. En la noche de ese día los realistas se retiraron del hato del Yagual, embarcando su artillería en las flecheras o grandes canoas armadas, y la enviaron a San Fernando. López se embarcó solo, para Achaguas, y ordenó que el grueso de su tropa se dirigiese al paso o vado de Achaguas, en el Apure, marcha en que persiguió Páez a su enemigo. Restrepo omite este episodio soberbio de Jenaro Vásquez, lo que también omiten sistemáticamente compositores de historia en memorias y apuntes de partido. La ignoraríamos todavía si Páez no lo hubiese relatado en su autobiografía, a saber:

«Destaqué entonces la mitad del escuadrón de Santander, al mando del intrépido Jenaro Vásquez, para que atravesando la cañada desalojase al enemigo de aquella favorable posición. Así lo ejecutó Vásquez, y ya los realistas empezaban a huír cuando les vino el refuerzo de un escuadrón de lanceros, con los cuales Vásquez se vio obligado a combatir, perdiendo el terreno que había ganado. Envié entonces al coronel Santander con la otra mitad y pudo éste rechazar de nuevo al enemigo.» Es decir, que la mitad de su escuadrón, que condujo Santander, contuvo la retirada de Jenaro Vásquez, ante un enemigo desde el principio muy superior y ahora reforzado por otro escuadrón. Vásquez era el segundo de la división de Santander. Pero todavía hay más, lo mayor: que no solamente salvó Santander la mitad de su escuadrón o división, que allí manejaba Vásquez, sino que tuvo que hacer frente Santander a dos escuadrones más durante largo rato de fragor, según testimonio de Páez, en esta forma:

«Resuelto el jefe realista a no ceder terreno, envió nuevo refuerzo de dos escuadrones, y yo dispuse entonces que el general Serviez avanzara con el segundo escuadrón en auxilio de Santander y que procurase al mismo tiempo flanquear y envolver al enemigo por su costado derecho. Cuando Santander y Serviez se hallaban empeñados en un rigurosísimo combate a lanza, salió por la derecha el coronel Torrellas, segundo de López, con un escuadrón de 200 al mando del comandante Morón, jefe de la mayor confianza de López, con el propósito de destruír por retaguardia las fuerzas de aquellos jefes; para lograr dicho objeto mandó López al mismo tiempo cargarles con todo el resto de la caballería.»

En este momento Páez se lanzó, con Urdaneta y el escuadrón de éste, a rechazar el ataque por retaguardia a Santander y Serviez. La fuerza de caballería de López era de 1.700 jinetes lanceros y carabineros. De suerte que el escuadrón o división de Santander (que no podía pasar de 250 jinetes, puesto que los 700 que sumaba el ejército estaban repartidos en tres escuadrones), estuvo empeñado muy buen rato con más de l

mitad de la caballería realista en «rigurosísimo combate a lanza,» calificación de significado y peso en boca de Páez cuando éste, ya circunspecto al dictar sus memorias, cercano a la ancianidad, rememoraba el episodio y lo reconstruía. Luégo viene Serviez en su apoyo, y esos 500 patriotas, casi todos armados de lanzas de palo de cañaguate y muy pocos con lanzas de hierro, resisten, rechazan y vencen por lo menos a 1.000 jinetes realistas, también llaneros, frescos, reforzados con dos escuadrones que salieron a atacar por retaguardia a los más o menos 500 de Santander y Serviez. Cuando Páez se lanzó, la lucha fue de 700 contra 1.700.

Tampoco han hecho mención los antiguos y los modernos que han querido fijar nuestra historia, de otro episodio del Yagual; que por lo menos es otro aspecto de este mismo episodio, diferente del relatado por Páez en lo arriba transcrito, puesto que en él aparece en otro cuadro separado: ahora no es que van a proteger a Santander cuando en unión del noble Serviez se encontraba empeñado en riguroso combate de lanza, sino que él sale a proteger a Urdaneta, quien mandaba la primera brigada o división o escuadrón, que de estos tres modos se llamaban los tres cuerpos bajo el ala de Páez. Dice Santander en sus apuntamientos:

«La brigada que yo mandaba cargó sobre la izquierda del enemigo, y pudo salvar a la primera brigada de nuestro ejército, que fue valerosamente rechazada por el contrario, y cargada a su turno. Viven todavía muchos testigos oculares de este combate, que franqueó a nuestras tropas toda la provincia de Barinas, y en el cual la brigada de mi mando satisfizo ampliamente los deseos del jefe principal y de los patriotas. Honor al malogrado comandante Jenaro Vásquez, uno de los jefes de dicha brigada, que en ese día desplegó toda la fuerza de su admirable valor! No he podido encontrar el boletín, que entonces circuló manuscrito entre nosotros, porque no teníamos más patria que el terreno en que vivaqueábamos. No puedo pasar en silencio esa campaña del Apure, donde las privaciones, las penalidades y los peligros se acumularon para probar nuestra constancia. Descalzos absolutamente, sin ropas, sin recursos y alimentados solamente con carne mal asada y sin sal, deseábamos los riesgos para acabar con gloria una vida tan amarga.» Agrega Santander: «Yo merecí particulares distinciones del general Páez.» Dice Santander, recatando sus actos de soldado fuerte y arrojado: «la brigada que yo mandaba.» No dice, pero sí lo dice Páez, que iba Santander al frente de sus lanceros. Bien es cierto que solamente los que amortajaron su cadáver supieron de sus dos heridas de bala y de una de lanza. Santander nunca dio importancia a la formación de un legajo de sus hechos militares.

Los profesores de derecho, en lo civil o en lo público, si quisieran encontrarían materia para bellos capítulos en la lucha de Santander, desde 1810, por defender la forma, con su sentido romano de la ley. El traspaso del mando de la horda a Páez tuvo que hacerse por edicto y en estrado. Después también, cuando, originarios gemelos, y apareados, Bolívar y Páez invadan el foro de la República, la Nueva Granada verá puestos a salvo sus principios y sus normas, invencidos hasta hoy, por divina protección.

En el relato del Yagual dice Restrepo que Páez, sólo Páez, estuvo a punto de perecer en la emboscada que tendió después el indio Reyes Vargas. Fue dispuesta en la ribera derecha del Apure Seco, frente a Achaguas. Una mujer pasó en una canoa para venir a decir engañosamente a Páez que el enemigo se había retirado de Achaguas. Como es muy largo el relato de lo ocurrido, apenas transcribimos de la autobiografía de Páez lo esencial y bastante a nuestro tema. Dice éste:

«....Entonces pasámos Urdaneta, Santander, Serviez, Vergara (José María), Montilla, yo y algunos otros.... y entrámos en una casa de la plaza de aquella ciudad.... cuando oyendo una descarga la abandonámos precipitadamente.... nos hacían fuego a los que estábamos al otro lado del río. Las lanchas también nos hacían disparos de cañón y se acercaban con el objeto de cortar a Vásquez; pero nosotros con los carabineros las rechazámos cinco o seis veces.... Vino la noche a poner término al combate, y durante ella el enemigo salió de Achaguas hacia la plaza de San Fernando.»

Hizo Santander esta viva pintura de la vida de los Llanos, en esa campaña: «Los caballos y el ganado se tomaban donde estaban, sin cuenta alguna y como bienes comunes; el que tenía vestido lo usaba, el que no, montaba desnudo su caballo con la esperanza de adquirir un vestido en el primer encuentro con el enemigo. Habituados los llaneros a vivir con carne sola, y a robustecerse sufriendo la lluvia, no temían la falta de otros alimentos ni el crudo invierno de aquel territorio. Nadadores por hábito, ningún río los detenía en sus marchas; valerosos por complexión, ningún riesgo los intimidaba. De aquí puede inferirse que los oficiales, soldados y emigrados que no eran llaneros pasaron trabajos y privaciones apenas concebibles. El reclutamiento se hacía siempre general, de toda persona capaz de tomar un arma; nadie estaba exceptuado, así fue que en los combates del Yagual y Mucuritas tenían su lanza los abogados, los eclesiásticos y toda persona que podía usarla. Hasta el año 1818 todos estaban forzados a vivir y marchar reunidos: militares y emigrados, hombres, mujeres, viejos y niños, todos se alimentaban de una misma manera con carne asada sin sal, y todos iban descalzos.»

El 13 de octubre se apoderó Páez de Achaguas. De allí envió a Miguel Guerrero a sitiar a San Fernando, con la mitad del pequeño ejército; con la otra mitad se acuarteló en Apurito, a la derecha del río. Los realistas acamparon al frente, al otro lado del río, en el pueblo de San Antonio, y dominaban el Apure con cuatro flecheras armadas con artillería y tripuladas por más de cien hombres cada una.

«Parece que un hada dirige las cosas de mi vida,» ha podido decir Páez, con igual propiedad; porque los caballos, las armas, los laureles, las embarcaciones, menos el dinero y la ropa en esos días, se los deparaba la madrina feérica, desde el campo enemigo. Las flecheras de los realistas eran un grave inconveniente para pasar a molestarlos Páez, y éste no tenía herramientas ni materiales para construír embarcaciones eficientes, ni medios de traerlas de otros lugares. Entonces Páez tuvo una de sus geniadas (castizamente: genialidades) maravillosas: ordenó al capitán Vicente Peña que se embarcara con ocho hombres en la única canoa de que disponía el ejército, y que pasara a dar un asalto al enemigo. Varios jefes representaron a Páez la temeridad de ese acto. Pero sus órdenes eran órdenes. Los nueve agraciados obedecieron y cayeron sobre el campamento enemigo, afortunadamente desprevenido; y creyendo los realistas que ahí venía atrás el resto de los llaneros de Páez sobre ellos, se desordenaron y huyeron, unos hacia Nutrias, otros río abajo, entre éstos el coronel López. Calculando Páez que el comandante realista subiría de nuevo el río, le puso emboscadas en sitios adecuados. A las nueve de la noche subían, en efecto, cuatro flecheras; y los emboscados del primer puesto lograron hacer apartar la flechera en que iba López, que siguió subiendo; una cayó en poder de los patriotas y las otras dos retrocedieron. Arriba, en Banco Largo, unos de nuestros llaneros se habían apoderado de una lancha del enemigo y obligaron a la de López a bajar de nuevo, con tan mala suerte que dio con una canoa en que se encontraba nada menos que Francisco Aramendi, con 8 compañeros; cogieron al comandante López, los sables acabaron con él y hubo estruendoso regocijo de los indios, quienes lo odiaban porque los martirizaba. Quedó vengada también, entre muchas, la sombra de Antolín Mujica. Esto sucedió el 7 de noviembre de 1816. El número 9 juega varias veces en las suertes tiradas por Páez. En el hato de Los Cocos con 8 compañeros derrota a 150 enemigos y gana caballos. Peña con 8 escogidos de Páez asalta el campamento enemigo. Aramendi y 8 compañeros toman a López y lo ajustician. Y de muchos episodios de Páez anticipamos uno que relata José de Lima a Santander en carta de 7 de julio en 1822, cuando Páez se aburría con sitiar a Morales en Puerto Cabello: «El general Páez..... aseguro a usted que es un milagro que exista

porque ha hecho locuras a toda prueba, y muchas veces con 8 dragones ha arrollado, con él a la cabeza, a 300 hombres de infantería apoyados contra las casas.» De estos esparcimientos, pasaba Páez a otros en galleras, centros de tapete verde y barrios amables; pero los que el enemigo le proporcionaba lo tentaban más, tal vez.

Quedó el ejército dueño de siete lanchas armadas, y pocos días después contaba con doce. El día 12 de noviembre ocupó a Nutrias, sin oposición. El enemigo, que había huído hacia Barinas, fue perseguido por Urdaneta, quien ocupó la capital de la Provincia. Páez regresó a San Fernando y estrechó el sitio de esa plaza, fortificada por la naturaleza y por obras que le agregaron los realistas. Poco alcanzó Páez sobre esa plaza en esos días. La defendía el brigadier Ramón Correa, cuya importancia no disminuía ante los ojos de los capitanes generales a pesar de las fáciles derrotas que padeció, como la que le infligió Bolívar cerca de Cúcuta el 28 de febrero de 1813, al precio de 2 muertos y 14 heridos contusos; y la subsiguiente que le dio Manuel Castillo en la Angostura, cerca de Mérida, acción en que decidió el triunfo el mayor Santander con escalar una posición que parecía inaccesible y en seguida cargar sobre el grueso de Correa, quien cedía terreno, mas salvaba su división. Sólo después Girardot lo derrotó en mejor forma en Carache y Trujillo. Tal vez los capitanes generales de Venezuela conocían ya la regla inglesa de que no es el mejor general el que gana más batallas, sino el que menos errores comete. Unos, desde luego, seguidamente cometen errores y pierden batallas. Páez ofrece el caso ejemplar del que triunfó siempre y nunca erró militarmente. Con poco esfuerzo esta regla podría adaptarse a los políticos.

A mediados de noviembre pasó Páez alguna gente a la izquierda del Apure y ocupó el pueblo del Guayabal, con el fin de cortar las comunicaciones entre San Fernando y Caracas. Por un oficio de Correa a Gorrín, interceptado, supo que éste venía en auxilio de San Fernando con 300 jinetes, 500 infantes y 500 caballos de remonta. Escogió Páez 200 de sus jinetes, atravesó a nado el Apure por el paso del Diamante y el caño Apurito, incorporó 80 que allí había y el 18 de diciembre a las once de la mañana cayó sobre el valiente y astuto Gorrín. El choque fue violento y costoso, mas destrozó y dispersó la caballería realista. Se apoderó de los 500 caballos frescos y de muchos de los que abandonaron los vencidos. Desgraciadamente el cuadro de fuego y bayonetas de los 500 infantes resistió las embestidas de nuestros llaneros, ya debilitados por el choque con la caballería enemiga. Perdió allí Páez muchos de sus mejores oficiales y soldados. Por diferentes caminos llegaron Páez y Gorrín a San Fernando, a sus respectivas posiciones. Con la llegada de los pa-

triotas se impidió una salida que intentaba el enemigo para proveerse de ganado.

A pocos días tuvo Páez noticia de que Morillo y Latorre descendían por la cordillera de la Nueva Granada y marchaban hacia los llanos del Arauca y del Apure. Dejó a Guerrero sitiando a San Fernando, y se trasladó a la villa de Achaguas. Allí se dedicó a reunir más jinetes y a adiestrarlos, para hostilizar a los dos grandes que venían a sus dominios. Urdaneta había recorrido parte de la provincia de Barinas sin encontrar al enemigo derrotado en el Yagual y en Achaguas, y pudo reunir algunos recursos y artículos de que tanto necesitaba el ejército. Mas, tal vez queriendo desquitarse de Mucuchíes y Bálaga, se le ocurrió en mala hora oponerse a Calzada en los callejones de Mérida, por donde bajaba éste con una fuerte división. Urdaneta fue derrotado y perseguido hasta Nutrias, en donde se embarcó para Achaguas.

Dice Restrepo de Urdaneta: «Allí supo los triunfos del ejército del Centro, y que probablemente Bolívar estaría en Barcelona o próximo a llegar. Separóse, pues, de Páez, y sin arredrarle las muchas dificultades y peligros a que se exponía, siguió a unirse con el jefe supremo, a quien idolatraba.» Estas afirmaciones de Restrepo conviene aclararlas con los autos. El peligro arredrador para un soldado civilizado se encontraba en permanecer en el ejército llanero del Apure. Los triunfos del ejército del Centro eran los de Piar, Cedeño, Monagas y otros durante la ausencia de 28 meses de Bolívar de Venezuela, o sea desde el 18 de agosto de 1814 hasta el 28 de diciembre de 1816, con breves escalas en Margarita y Ocumare, en un bergantín llamado el *Indio libre;* y era la organización del ejército de Mariño, a quien volvieron a presentarle las armas los guerreros de oriente, a pesar de los sucesos de Carúpano en septiembre de 1814; de suerte que según los autos, Urdaneta hurtó el cuerpo a Bolívar entonces, porque venía en desgracia, y prefirió quedar de subalterno de Mariño. Este hecho hace exclamar a Restrepo: «No podemos explicar cómo Urdaneta, que era tan adicto a Bolívar, pudo continuar obedeciendo a un jefe que contrariaba enteramente las disposiciones de aquél.» Los autos de la historia y las reglas de la cronología explican este punto, todos los puntos oscurecidos en lo esencial de su realidad. Solamente en febrero de 1817 supo Bolívar la conquista de Guayana por Piar, por noticia que éste le envió, y supo las andanzas y elevaciones del capitán Páez, desconocido hasta entonces para él, por informes verbales de Santander, quien bajó el Apure y el Orinoco en seguida de Urdaneta. Así fue como Santander, José Félix Blanco, Vicente González, Antonio Obando, José María Córdoba, José María Vergara, José Concha, y probablemente un centenar de granadinos ignorados, bajaron el Orinoco en busca

de otros grupos guerreros menos incómodos que el medio y el compañerismo de los llaneros. Córdoba se alejó sin pasaporte de Páez y éste por poco lo fusila, salvándose por la intercesión de Santander.

Unos bandidos deslizados en el ejército habían dado muerte a Miguel Valdés y al anciano Luis Girardot, por robarlos. Páez fusiló a sus asesinos. Restrepo, con circunloquio que no es frecuente en él, dice: «Después de la acción del Yagual, Serviez fue muerto en Achaguas: crimen que se rugió desde antes sin que hubiera medios de impedirlo, ni de castigar a los asesinos, que se dejaron impunes.» Después de conocer detenidamente todo lo de la guerra a muerte en Venezuela en 1813 y 1814, estas cosas de los llaneros parecen nonadas; no obstante, por ellas se fueron huyéndoles los caballeros pasaportados. Por supuesto que a la vuelta de poco más de un año el ejército de Páez era modelo de organización y disciplina, y adelante veremos el elogio que de él hace Briceño Méndez. Dice Restrepo: «Estos sangrientos desórdenes y la incompatibilidad de las habitudes de los llaneros de Apure con las de los hombres civilizados que por las circunstancias se hallaban en aquel ejército, hicieron que todos los que no eran del llano fueran abandonando la división que mandaba Páez.» Otra apostilla a Restrepo: no era división, sino ejército independiente, lo que mandaba Páez. Era el ejército *de* Páez, *su* ejército, del cual dos escuadrones solos hicieron después el triunfo de Carabobo. No admitió Páez consejos, repelió toda intervención en sus planes y en el mando de sus tropas. Sobre ellas y sobre el territorio que pisaba con ellas, mandaba solamente Páez. Con su ejército hizo diabluras al enemigo realista; y a su otro enemigo, la República, también le dio una carga y la despedazó, en un complot, diez años después.....

Veníamos en que Miguel Guerrero quedaba sitiando a San Fernando entre tanto que Páez organizaba tropas en Achaguas para acosar a Morillo y Latorre. Las fuerzas de Correa y Gorrín en San Fernando sumaban unos 1,500 hombres de toda arma. El 8 de junio la columna de Guerrero no pudo resistir la acometida de los sitiados, en El Rabanal. Se retiró al campamento de Páez. Calzada ocupó la provincia de Barinas y elevó la caballería al mando de Remigio Ramos a 1,500 jinetes llaneros. En los primeros días de enero de 1817 se unieron Calzada y Latorre en Guasdualito. Morillo había salido de Bogotá el 16 de noviembre, pasó por Sogamoso el 6 de diciembre y tramontó la cordillera hasta Pore.

Latorre y Calzada con 4,000 hombres, comprendidos en ellos los 1,500 jinetes al mando de Ramos, se pusieron en marcha desde Guasdualito. Ignoraban las posiciones que ocupaba Páez, quien se encontraba con sus fuerzas concentradas entre Achaguas y Setenta, a la derecha del Apure. El ejército realista marchó el 27 de enero, por la misma orilla de este

río, en dirección a San Fernando. Los dos jefes realistas calculaban las fuerzas de Páez en unos 200 o 300 merodeadores mal armados; en realidad tenían pocas lanzas de hierro, la mayor parte eran de palo de cañaguate; tal como éste era el brazo de enristrarlas; hasta de la misma naturaleza parecían ser los miembros y el ánimo de los caballos también. Con anticipación había elegido Páez la llanura de Mucuritas para nuevo episodio. Destacó una columna de observación, poco numerosa, con orden de retirarse a ese campo, en caso de ser perseguida. Como lo deseó y lo previó Páez, Latorre la hizo perseguir, para despejar su camino, en la persuasión de que ese era todo el enemigo; y avanzó, confiadamente. Era el 28 de enero de 1817.

Al entrar Latorre con su ejército a la gran sabana limpia de Mucuritas vio en ella los 1,100 llaneros, de cañaguate. Formó el realista hidalgo y valeroso su infantería, en columna cerrada, cubriendo sus dos costados y su retaguardia con su caballería. No debía exponer Páez sus hombres y caballos a la fusilería enemiga, veterana y aguerrida, en esa formación. Al punto concibió la manera de hacer desprenderse la caballería de los costados del muro. Empezó por enviar un pequeño piquete a cada uno de los dos flancos, a provocar a los escuadrones, previniendo a los comandantes de los dos piquetes que en seguida de la provocación simularan indecisión y aparentaran retirarse, como con miedo; y así fue: los escuadrones de Ramos quisieron aprovechar el miedo manifestado por los dos piquetes, los acometieron, y de esa suerte se despegaron de su muro, tal como Páez lo deseaba y lo preveía; y en este punto lanzó otras dos columnas que para ello tenía listas, a colarse en los dos claros dejados entre el muro de los infantes y los escuadrones, de sus costados desprendidos: los comediantes piquetes fugitivos ejecutaron el volver caras de la leyenda, y entre ellos y las sendas columnas coladas en los claros, los cogieron, los envolvieron y los alancearon, y los que no pudieron dispersarse y huír, allí quedaron. Fue rápido el encierro y fulminante fue la doble embestida, a cada lado del muro, desde donde Latorre y Calzada contemplaban lo que menos sospecharon que les pudiera suceder a sus jinetes, llaneros también. A los húsares españoles los salvó su inferior velocidad. El no haber podido avanzar al paso de los criollos les permitió regresar a los dos costados de la infantería protectora.

En seguida hizo Páez prender fuego a la paja de la sabana, por 50 hombres que había colocado en contorno de ella para esa operación, en el momento señalado. Toda la sabana se incendió alrededor de la infantería realista, formada ahora en cuadro para resistir las repetidas cargas de los lanceros de Páez. La infantería realista se libró de una total destrucción por una circunstancia que Páez no pudo eliminar, esto es, un

pantano cuya paja estaba verde y en donde se refugió Latorre con sus tropas. Al día siguiente se unió Morillo a ese ejército y redactó un parte en que dijo:

«Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones, me hicieron ver que no eran una guerrilla de cobardes poco numerosa, como me habían informado.»

Los realistas continuaron su marcha apoyándose en el bosque de la margen derecha del Apure, siempre a la vista de Páez, quien acechaba otra oportunidad. Al fin se retiró a Payara, cuando se convenció de que los realistas no querían empeñar todavía combate. Quedó el ejército patriota dominando los llanos situados entre el Arauca y el Apure, encontrándose Páez en aptitud de obrar, a voluntad, sobre las llanuras de Barinas o sobre las de la provincia de Caracas. Los padecimientos de los emigrados y de los combatientes se hacían cada día mayores, por la carencia de vestidos, de alimentos vegetales y de habitaciones. Durante el resto del año 1817 Páez fijó su cuartel general en el hato del Yagual, remediando en mísera parte las privaciones de emigrados y guerreros con el producto de las rápidas incursiones de sus tropas en Nutrias, Barinas y otros lugares de esa provincia. Quedaron suspendidas las operaciones por las inundaciones del invierno.

Morillo se situó en San Fernando, cuyas fortificaciones hizo mejorar. Desde allí destacó para Guayana a Latorre con una división, en que figuraba el batallón Cachirí, de granadinos, que se distinguió por su firmeza en Mucuritas y que sucumbirá pocos días después bajo el martillo de la caballería lozana y potente de Piar en San Félix. Nos encontraremos allí en breve con el deslumbrante Piar, inferior a Páez solamente en previsión y malicia domésticas.

Restrepo suele ser enigmático. Mas en sus mismas páginas y en los autos de los archivos hay llaves, o claves. Dice Restrepo:

«Instruído el general Bolívar, cuando marchaba hacia Guayana, por el coronel Santander, de las fuerzas que Páez tenía a sus órdenes, vio la importancia de atraerle a la unión y al reconocimiento de su autoridad. Para conseguirlo, le envió desde Angostura a los coroneles Manuel Manrique y Vicente Parejo, los que fueron bien recibidos en el ejército de Páez. Después de algunas conferencias obtuvieron la aquiescencia de este caudillo, reducida a concurrir con sus tropas a hacer la guerra a los españoles bajo la dirección del Libertador como jefe supremo. En todo lo demás Páez continuó obrando con absoluta independencia y con plenitud de facultades en el territorio que dominaba.»

Aquí no hay enigma alguno, sino la rectificación del juicio que atrás vimos, de que el ejército de Páez era división. Páez, como lo vemos,

concurría a sacar de apuros a otros, a ayudarles, a enmendar, y fue a cooperar, a desgranar, finalmente, a Latorre en Carabobo, tomando el desfiladero que él eligió y cargando sobre la marcha, por su cuenta y voluntad.

Es impropio, y hasta antiestético, subrayar palabras y frases en las transcripciones; debe dejarse al lector que lo haga con su propio discernimiento, que fije su atención sólo en los puntos que van apareciendo raros o dignos de verificación y compagine los hechos, en su orden de desarrollo. En el siguiente capítulo reanudamos el hilo de los acontecimientos por los lados de las provincias de Caracas, Cumaná, Margarita y Guayana, para llegar a la organización y a la conducción de la victoria al campo de Boyacá. Mas antes de cerrar este capítulo vamos a traer a él otros episodios.

El 21 de diciembre de 1818 salió Bolívar de Guayana hacia San Fernando de Apure, en donde se encontraba el ejército de Páez. Los autores atribuyen a Bolívar el propósito serio de atar a su obediencia a Páez y aun inducen al lector a pensar que para ese efecto llevó algunos batallones de infantería. En veintidós días llegó el convoy de Bolívar hasta la desembocadura del Arauca y de allí subió este río en embarcaciones menores hasta el Caujaral, de donde siguió a San Juan de Payara. Al llegar Bolívar hubo otro conato de desconocimiento de su autoridad, que Páez no contrarió, sino que disimuló. Dice Restrepo:

«Las circunstancias no podían ser más críticas; el general Páez era adorado de las tropas.»

Sobre este incidente dice Urdaneta en sus apuntamientos:

«Esta revolución de Wilson fue seria. Toda la oficialidad del Apure hizo una acta formal. Las tropas se formaron en gran parada y se les leyó un bando, por el cual se establecía el reconocimiento de Páez en la forma dicha. Este jefe y Wilson se dieron recíprocamente comidas.»

Esas, y muchas otras actas, Páez las hizo guardar, por redundantes; se atenía a los hechos, manifiestos, de su independencia de toda autoridad.

El 23 de enero de 1819 regresó Bolívar a Angostura, llamado por el Congreso para atender a la expedición inglesa que acababa de llegar a Margarita.

Morillo avanzó con su ejército hacia San Juan de Payara. Partidas de Páez observaban sus movimientos. El 6 de febrero, después de vencer la resistencia que le opusieron los patriotas para el paso del Arauca, se dirigió el ejército realista hacia el paso del Caujaral, punto de gran importancia que Morillo hizo fortificar con baterías a uno y otro lado.

Morillo se encontraba sin noticias de la verdadera posición y del número de las fuerzas patriotas. Páez entre tanto había hecho pasar a la isla de Urbana en el Orinoco la infantería y los equipajes, y trasladar los 10,000 emigrados que seguían al ejército, a Araguaquen, terreno aislado e inaccesible a los realistas. Páez tomó consigo 1,500 jinetes escogidos y bien montados, con caballos de remuda.

El 11 de febrero la vanguardia realista de unos 3,000 hombres, al mando de Morales, avanzó hasta el hato de Cañafístola. Con 1,200 jinetes la sorprendió allí Páez, la acometió sin permitirle concentrarse y formar línea de batalla, alanceó gran número de enemigos y desordenó ese cuerpo. Desgraciadamente, cuando hubiera podido Páez llevar a fondo un combate decisivo con esos 3,000 enemigos, apareció el resto del ejército realista y nuestros llaneros hubieron de retirarse, sin ser perseguidos. Por la noche Páez hizo un movimiento y al día siguiente apareció por la retaguardia de todo el ejército de Morillo, obligándolo de esta manera a retroceder, en una contramarcha desorientada, por las extensas sabanas despobladas y sin recursos, ignorante de la posición de los patriotas, cuyas partidas se presentaban de improviso por todos lados, espantándole los ganados de su subsistencia, quitándole caballos, atacando a los cuerpos descolgados, tomándole prisioneros los soldados rezagados. Las enfermedades, los pantanos, el no conocer los realistas esas soledades tan bien como sus enemigos, y sobre todo el temor de que sus soldados flaquearan ante los incesantes peligros, indujeron a Morillo a apresurar su contramarcha, desde Cumariche, adonde llegó el día 13; de este punto llegó en sólo dos jornadas al Caujaral, acosado su ejército a todo momento por nuestros llaneros. En esos nueve días comprendió Morillo, y así lo confesó después, que con ese enemigo en esos llanos no podía sostener la campaña.

A estos contratiempos del realista se agregó la noticia que tuvo de la llegada de la expedición inglesa con que Urdaneta e English amenazarían a Caracas; a la vez supo también que Nonato Pérez amenazaba la provincia de Barinas. En consecuencia, envió a Latorre con su división a Nutrias, a Aldama lo despachó con otros cuerpos a Calabozo, y él, Morillo, se quedó con la mayor parte de sus fuerzas en Achaguas. Fortificó más a San Fernando, con artillería, y con sus embarcaciones sutiles y sus tropas se propuso dominar el cajón de Apure.

Entre tanto Bolívar había instalado el Congreso de Angostura. Regresó el 10 de marzo a Araguaquen. Aquí concibió ideas sobre la situación y los prospectos que el teatro del llano le ofrecían y redactó un plan de inmediata ejecución; lo confió a Santander en las siguientes líneas: «Araguaquen, 12 de marzo de 1819. Las operaciones que he meditado y

voy a ejecutar, son más aventuradas, pero más decisivas. El general Urdaneta con la división inglesa de Margarita y con 1,000 hombres más debe hacer un desembarco sobre la costa de Caracas, mientras que yo con este ejército distraigo y divierto al enemigo, lo persigo y destruyo si se retira a atender a la costa, o lo bato antes si se me presenta una ocasión segura o muy probable de alcanzar la victoria. Si es verdad que ha dividido sus fuerzas, situando sus divisiones a largas distancias, como dicen, en Payara, Achaguas y San Fernando, podré batirlo al detal. Yo voy a acercarme cuanto sea posible, y según los partes que reciba de nuestras guerrillas que lo observan, tal vez me decidiré a dar de una vez la batalla..... ....» Las tropas de Morillo estaban todavía más divididas y alejadas entre sí, de lo que convenía a Bolívar para la ejecución del plan vigorosamente enunciado en ese oficio.

Con 800 infantes de los amaestrados por Cedeño, Anzoátegui y otros de ese temple, y con 200 jinetes de los amaestrados por Páez, se dispuso Bolívar a atacar al coronel realista José Pereira, quien se encontraba a cuatro leguas de Achaguas en el trapiche de Gamarra, con 400 infantes y 100 jinetes. Páez no estaba por ahí cerca. Preparó Bolívar el ataque, de sorpresa a ese enemigo justamente la mitad en número de sus fuerzas. Fue el 27 de marzo de 1819. Un combate típico de Bolívar. Ordenó cargar tres veces, que fueron tres rechazos. Los soldados "tuvieron que retirarse con bastantes pérdidas de muertos, dispersos y unos pocos prisioneros.» Agrega Restrepo que los 1,000 hombres no pudieron triunfar sobre los 500 realistas, "aun animados como estaban por la presencia de Bolívar."»

Después de las pérdidas de Gamarra el ejército patriota hubo de repasar el Arauca y estarse en su ribera derecha. Páez a su turno quiso hacer una demostración, a presencia de Bolívar. El 2 de abril por la tarde atravesó Páez a nado el río acompañado de 151 hombres, a la vista del enemigo; cambió aquí la táctica y el sistema de asustarlo y desordenarlo por el ataque imprevisto y súbito, por los de asombrarlo con movimientos a la vista y dejándole conocer la intención y las fuerzas con que se le aproximaba. Los jefes realistas movieron inmediatamente su caballería, sus dragones y dos cañones. Páez con sus hombres avanzó un tanto adentro de la margen izquierda, en el coto enemigo; empezó a retroceder ante la masa que sobre él venía, y ya los realistas daban por cogidos a los 152 audaces, o locos, que así se colocaban con el río a su espalda.

Páez esperó lo de Mucuritas, esto es, que la caballería, unos 1,000 jinetes, 200 de ellos carabineros, se desprendieran de la infantería, a perseguirlo en su retirada; y así sucedió! Cuando aquélla se hubo alejado lo bastante de la línea de infantes, resonó su voz de «vuelvan caras.» Y, dicen los relatos, contestes, los 152 «cayeron cual leones,» sobre el ene-

migo, que al ver el destrozo de sus hombres retrocedió espantado, sin que les valiera la defensa que rodilla en tierra hicieron los 200 carabineros. La caballería realista regresó en pánico a su campo, y al verla en ese estado toda la infantería se replegó a un bosque, creyendo que les iba encima todo el ejército de Páez. Tuvieron muchos muertos y heridos.

De los compañeros de Páez murieron el sargento Isidoro Mujica y el cabo Manuel Martínez. Al caer de la noche y acabada la faena el saldo de 150 regresó atravesando a nado el río, a su campamento de la derecha del Arauca, dejando en la opuesta margen trazado a perpetuidad el lienzo de las Queseras del Medio. Nuestro autor pauta, al terminar su descripción de este cuadro lo relaciona con el episodio de seis días antes, en forma que no se sabe si es de equiparación o de contraposición, al decir: «Los combates de Gamarra y de las Queseras del Medio produjeron el efecto de que ambos ejércitos se respetaran mutuamente y guardaran sus respectivas posiciones. El de Morillo dominaba las llanuras de la izquierda del Arauca, y el de Bolívar las de la derecha.» Restrepo es historiador para ser leído y releído por profesores de psicología y de sociología comparadas, con espíritu analítico que apliquen el método inductivo deductivo, que es el de las ciencias naturales. Entonces, despojada su obra histórica de envolturas, aparecerán ordenadamente dispuestos y catalogados los tesoros que encierra. El ejército que fatigó a Morillo era el de Páez, el que dominaba las llanuras de la derecha del Apure. El de Gamarra, era el de Bolívar. Los triunfos de Páez costaban muchas vidas al enemigo, y pocas a sus hijos o hermanos, que de ambas maneras amaba a sus soldados y velaba por ellos. Los llaneros después de Gamarra volvieron a pedir el desconocimiento de Bolívar, pero Páez no lo encontraba nunca conveniente ni necesario. No querían los llaneros que se les condujera a esas viceversas. En la página 551, tomo I, *Narración*, dice O'Leary: que en la marcha del Mantecal a Guasdualito, o sea alrededor del 25 de mayo de 1819, hubo nuevo conato de deponer a Bolívar del mando militar y proclamar en su lugar a Páez, «alegando para ello por toda razón la mala suerte que parecía acompañarle en todos sus proyectos... .....»

Hemos oído decir que ese llanero nuestro ya no existe, mas queremos creer que no lo sabemos distinguir e identificar. No puede desaparecer. Dicen también que pasó el gaucho argentino; sin embargo, debe existir allí mismo, con mutación aparente, no más. A ese gaucho histórico lo pintan de porte elegante, de maneras recogidas, cauto para relacionarse, vigoroso y ágil, sin interés por la religión y sus ministros, atrevido y furioso, tal como nuestro llanero legendario. Hospitalario y cordial en su casa y desconfiado en medio extraño. Reñía o combatía sin gritos ni gestos. Ambiguo y reposado en el hablar. Concentraba su ira por los

agravios y los vengaba, conservando en la represalia apariencias de moderación. Era aficionado al ejercicio del contrabando el gaucho de Río Grande y Buenos Aires, por espíritu de aventura y de actividad, unido al incentivo del lucro a que daba margen la carestía y la poca variedad de las mercaderías, a causa del rígido y celado monopolio de los comerciantes españoles; y solían capitanear partidas de contrabandistas, jóvenes de buenas familias. En este oficio desarrolló el gaucho la astucia, el vigor y la rapidez para marchar. Hay algunos caracteres, genéricos, comunes al gaucho y al llanero, por la semejanza de los gustos de vida y de la independencia para moverse y trasladarse en sus territorios respectivos. Ambos eran viriles y espontáneos. El gaucho siempre conservó los rasgos físicos del más o menos lejano ascendiente europeo y las tradiciones originarias, y vivió en tierras fértiles, de clima vigorizante y templado por las acentuadas estaciones de la extensa zona por donde desembocan los ríos Paraná y Uruguay para formar el estuario del Plata, planicies montuosas las del norte y del oriente, y sin árboles las del Sur. El gaucho se trasladaba fácilmente a las aldeas de la costa del Atlántico, con fines de negocio o de simple aventura y busca de placeres diferentes. A la influencia del clima protector se agregaba, en favor del gaucho, la no menos vivificante del régimen político de varios virreyes que hicieron progresar la economía y la educación públicas. Esta corta enumeración de condiciones de origen, ambiente moral y medio natural de vida del gaucho, nos permite encontrar los caracteres comunes entre éste y nuestro llanero, así como establecer las diferencias sustanciales entre ellos. En otra escala y por varias características diferenciales, también puede hacerse una clasificación entre nuestros llaneros de Casanare, de todo el llano granadino, y el elemento más variado y más compuesto que formaba el llanero de los diferentes territorios de Venezuela que para la guerra aprovecharon Boves, Morales y Yáñez, primero, y luégo los héroes del oriente venezolano, y Páez en el Apure. De todas maneras, unos y otros fueron factor preponderante en el logro de la independencia del continente.

Nuestro llanero padeció incomparablemente menos que el infante granadino, el que pagó mayor tributo al medio, a los elementos feroces de la naturaleza y de los hombres, en el aterimiento de las cumbres, en los bajos territorios voraces, en las naves escuetas y desprovistas, bajo jefes crueles que los fusilaban y flagelaban y los abandonaban, cuando caían heridos o enfermos, al desamparo y la inmisericordia. Cuando uno se sumerge en el mar de esa historia conoce el horror de sus intimidades y también los infinitos padecimientos de la población civil. Su capacidad de sufrimiento marcó límites portentosamente dilatados.

BOLÍVAR, CRÍTICO LITERARIO Y POETA

Si su programa de Libertador no hubiera robado a Bolívar casi la vida entera, y hubiera dedicado su tiempo únicamente a escribir, sus producciones geniales habrían asombrado al mundo como pensador profundo, como erudito, como hablista. Díganlo sus proclamas guerreras; dígalo su resumen de la vida de Sucre; dígalo su famoso discurso ante el Congreso de Angostura; dígalo su exposición ante el Senado hereditario; dígalo su proyecto de Constitución para Bolivia; dígalo su delirio sobre el Chimborazo; dígalo su correspondencia; díganlo sus críticas literarias, y díganlo, por último, los pocos versos que de él nos quedan.

Queremos en este artículo revelar su talento de crítico literario, con motivo del Canto a Junín, de José Joaquín de Olmedo.

Olmedo, nacido en Guayaquil, cuando Guayaquil dependía del Perú, tuvo como Bolívar diversas orientaciones. Fue él quien proclamó la independencia de su puerto nativo, pretendiendo constituir un Estado independiente. Duró poco su anhelo político ante las huestes de Bolívar, y una sombra alejó, para que se unieran después, a esas dos figuras de la independencia americana.

Olmedo llegó al delirio en su admiración por el Libertador; y apenas terminado de escribir su histórico *Canto*, se lo remitió.

Fue entonces e inmediatamente cuando al recibirlo, escribió a Olmedo las dos admirables cartas que reproducimos en seguida, y en donde se revela su acertada madurez de crítico literario. Ambas no necesitan comentarse, pues su lectura, seguramente, ha de convencer a quien las lea.

Desconocidas casi, presentan a su autor bajo una nueva y muy interesante faz, de su talento y de su ilustración, y en una de ellas expresa su juicio y su admiración sobre el Perú.

Hé aquí las cartas:

«Cuzco, 27 de junio de 1825

Querido amigo:

Hace muy pocos días que recibí en el camino dos cartas de usted y un poema; las cartas son de un político y de un poeta; pero el poema es de un Apolo.

Todos los calores de la Zona Tórrida, todos los fuegos de Junín y Ayacucho, todos los rayos del Padre de Manco Cápac, no han producido jamás una inflamación más intensa en la mente de un mortal. Usted dispara..... donde no se ha disparado un tiro; usted abrasa la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles, que no rodó jamás en Junín; usted se hace dueño de todos los personajes; de mí forma un Júpiter; de Sucre, un Marte; de La Mar, un Agamenón y un Menelao; de Córdoba, un Aquiles; de Necochea, un Patroclo y un Ayax; de Miller, un Diómedes; y de Lara, un Ulises. Todos tenemos nuestra sombra divina y heroica, que nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. Usted nos hace a su modo poético y fantástico; y para continuar en el país de la poesía la ficción de la fábula, usted nos eleva con su deidad mentirosa, como el águila de Júpiter levantó a los cielos a la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastreros; usted, pues, nos ha sublimado tánto que nos ha precipitado al abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes.

Así, amigo mío, usted nos ha pulverizado con los rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenón, con la lanza de su Aquiles y con la sabiduría de su Ulises.

Si yo no fuese tan bueno, y usted no fuese tan poeta, me avanzaría a creer que usted había querido hacer una parodia de la Ilíada con los héroes de nuestra pobre farsa. Mas no: no lo creo. Usted es poeta, y sabe bien, tanto como Bonaparte, que de lo heroico a lo ridículo no hay más que un paso, y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres.

Un americano leerá el poema de usted como un canto de Homero, y un español lo leerá como un canto de Facistol, de Boileau.

Por todo le doy a usted las gracias penetrado de una gratitud sin límites.

Yo no dudo que usted llenará dignamente su comisión en Inglaterra; tanto lo he creído que, habiendo vuelto la faz sobre todo el Imperio del Sol, no encuentro un diplomático que fuese capaz de representar y negociar por el Perú más ventajosamente que usted. Uní a usted un matemático, porque no fuese que, llevado usted de la verdad poética, creye-

se que dos y dos forman cuatro mil; que nuestro Euclides ha ido a abrirle los ojos a nuestro Homero, para que no vea con su imaginación sino con sus sentidos, y para que no le permitan que la encanten con armonías y tropos, y abra los oídos solamente a la prosa tosca, dura y despellejadora de los políticos y de los republicanos.

He llegado ayer al país clásico del Sol, de los Incas, de la fábula y de la historia. Aquí el Sol verdadero es el oro; los incas son los virreyes o prefectos; la fábula es la historia de Garcilaso; la historia, la relación de la destrucción de los indios por Las Casas. Abstracción hecha de toda poesía, todo me recuerda altas ideas, pensamientos profundos; mi alma está embelesada con la presencia de la primitiva Naturaleza, desarrollada por sí misma, dando creaciones de sus propios elementos por el modelo de sus inspiraciones íntimas, sin mezcla alguna de las obras extrañas, de los consejos ajenos, de los caprichos del espíritu humano, ni el contagio de la historia de los crímenes y de los absurdos de nuestra especie. Manco Cápac, Adán de los indios, salió de su paraíso titiaco y formó una sociedad histórica, sin mezcla de fábula sagrada o profana.

Dios lo hizo hombre; él hizo su reino, y la historia ha dicho la verdad; porque los monumentos de piedra, las vías grandes y rectas, las costumbres inocentes y la tradición genuina, nos hacen testigos de una creación social de que no teníamos ni idea, ni modelo, ni copia. El Perú es original en los fastos de los hombres. Esto me parece, porque estoy presente, y me parece evidente todo lo que con más o menos poesía acabo de decir a usted.

Tenga usted la bondad de presentar esta carta al señor Paredes, y ofrezco a usted las sinceras expresiones de mi amistad.

BOLIVAR»

«Cuzco, 12 de julio de 1825.

Mi querido amigo:

Anteayer recibí una carta de usted, de 15 de mayo, que no puedo menos que llamar extraordinaria, porque usted se toma la libertad de hacerme poeta sin yo saberlo ni haber pedido mi consentimiento. Como todo poeta es temoso, usted se ha empeñado en suponerme sus gustos y talentos. Ya que usted ha hecho su gusto y tomado su pena, haré como aquel paisano a quien hicieron rey en una comedia, y decía: "Ya que soy rey, haré justicia." No se queje usted, pues, de mis fallos, pues como no conozco el oficio, daré palos de ciego, por imitar al rey de la comedia, que no dejaba títere con gorra que no mandase preso. Entremos en materia.

He oído decir que un tal Horacio escribió a los Pisones una carta muy severa, en la que castigaba con dureza las composiciones métricas, y su imitador M. Boileau me ha enseñado unos cuantos preceptos para que un hombre, sin medida, pueda dividir y tronchar a cualquiera que hable muy mesuradamente en tono melodioso y rítmico.

Empezaré usando de una falta oratoria, pues no me gusta entrar alabando para salir mordiendo, dejaré mis panegíricos para el fin de la obra que, en mi opinión, los merece bien, y prepárese usted para oír inmensas verdades o, por mejor decir, verdades prosaicas, pues usted sabe muy bien que un poeta mide los versos de un modo diferente de nosotros los hombres de prosa. Seguiré a mis maestros.

Usted debió haber borrado muchos versos que yo encuentro prosaicos y vulgares, o yo no tengo oído musical, o son..... o son renglones oratorios. Páseme usted el atrevimiento; pero usted me ha dado este poema y yo puedo hacer de él cera y pabilo.

Después de esto, usted debió haber dejado reposar este *Canto*, como el vino en fermentación, para encontrarlo frío, gustarlo y apreciarlo. La precipitación es un gran delito en un poeta. Racine gastaba dos años en hacer menos versos que usted, y por eso es el más puro versificador de los tiempos modernos.

El plan del poema, aunque en realidad es bueno, tiene un defecto capital en su diseño.

Usted ha trazado un cuadro muy pequeño para colocar dentro un coloso que ocupa todo el ámbito y cubre con su sombra a los demás personajes. El inca Huayna-Cápac parece que es el asunto del poema: él es el genio, él, la sabiduría, él es el héroe, en fin. Por otra parte, no parece propio que alabe indirectamente a la religión que le destruyó, y menos aún parece propio que no quiera el restablecimiento de su trono para dar preferencia a extranjeros intrusos que, aunque vengadores de su sangre, siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio; este desprendimiento no se lo pasa a usted nadie. La Naturaleza debe presidir a todas las reglas, y esto no está en la Naturaleza. También me permitirá usted que le observe que este genio inca, que debía ser más leve que el éter, pues que viene del Cielo, se muestra un poco hablador y embrollón, lo que no le han perdonado los poetas al buen Enrique en su arenga a la Reina Isabel; ya sabe usted que Volfaire tenía sus títulos a la indulgencia y, sin embargo, no escapó de la crítica.

La introducción del canto es rimbombante: es el rayo de Júpiter que parte a la tierra a atronar a los Andes, que deben sufrir la sin igual hazaña de Junín. Aquí de un precepto de Boileau, que alaba la modestia con que empieza Homero su divina *Iliada*; promete poco y da mucho. Los

valles y la sierra proclaman a la tierra; el sonsonete no es lindo, y los soldados proclaman al general, pues que los valles y la sierra son los muy humildes servidores de la tierra.

La estrofa 360 tiene visos de prosa: yo no sé si me equivoco; y si tengo culpa ¿para qué me ha hecho usted rey?

Citemos, para que no haya disputa, por ejemplo, el verso 720:

Que al Magdalena y al Rímac bullicïoso .....

Y este otro, 750:

Del triunfo que prepara glorioso ....

Y otros que no cito por no parecer riguroso e ingrato con quien me canta.

La torre de San Pablo será el Pindo de usted, y el caudaloso Támesis se convertirá en Helicona; allí encontrará usted su canto lleno de esplín, y consultando la sombra de Milton, hará una bella explicación de sus diablos a nosotros. Con las sombras de otros muchos ínclitos poetas usted se hallará mejor inspirado que por el Inca, que a la verdad, no sabía cantar más que yaravís. Pope, el poeta del culto de usted, le dará algunas lecciones para que corrija ciertas caídas de que no pudo escaparse ni el mismo Homero. Usted me perdonará que me meta tras de Horacio para dar mis oráculos; este criticón se indignaba de que durmiera el autor de la *Iliada*, y sabe usted muy bien que Virgilio estaba arrepentido de haber hecho una hija tan divina como la *Eneida*, después de nueve o diez años de estarla engendrando; así, amigo mío, lima y más lima para pulir las obras de los hombres. Ya veo tierra: termino mi crítica o, mejor diré, mis palos de ciego.

Confieso a usted humildemente que la versificación de su poema me parece sublime; un genio lo arrebató a usted a los cielos. Usted conserva en la mayor parte del *Canto* un calor vivificante y continuo; algunas de las inspiraciones son originales; los pensamientos, nobles y hermosos; el rayo que el héroe de usted presta a Sucre es superior a la cesión de las armas que hizo Aquiles a Patroclo. La estrofa 130 es bellísima; oigo rodar los torbellinos y veo arder los ejes; aquello es griego, es homérico. En la presentación de Bolívar en Junín se ve, aunque de perfil, el momento antes de acometerse Turno y Eneas. La parte que usted da a Sucre es guerrera y grande. Y cuando habla de La Mar, me acuerdo de Homero cantando a su amigo Mentor; aunque los caracteres son diferentes el caso es semejante; y, por otra parte, ¿no será La Mar un Mentor guerrero?

Permítame usted, querido amigo, le pregunte: ¿de dónde sacó usted tanto estro para mantener un canto tan bien sostenido desde su principio hasta el fin? El término de la batalla da la victoria, y usted la ha ganado

porque ha finalizado su poema con dulces versos, altas ideas y pensamientos filosóficos. Su vuelta de usted al campo, es pindárica; y a mí me ha gustado tanto, que la llamaría divina.

Siga usted, mi querido poeta, la hermosa carrera que le han abierto las musas con la traducción de Pope y el Canto a Bolívar.

Perdón, perdón, amigo; la culpa es de usted que me metió a poeta.

Su amigo de corazón,

BOLIVAR»

Bolívar también fue poeta. Sus producciones en prosa lírica revelan un alma sentimental, y hay que convenir en que, sin duda alguna, se tradujo algunas veces en forma rítmica.

El estadista genial, el guerrero olímpico, el patriota sin mancha, el prosador atildado, el orador elocuentísimo, el eterno enamorado de la belleza, fue poeta; pero ni su situación política, ni su misión en el mundo, le permitían hacer públicos sus versos. El estruendo de las batallas no se cordina con las notas del laúd. La redacción de las leyes obedece a la necesidad social que regulan o satisfacen; y su lenguaje no se aviene con los desbordes de la fantasía, y aquélla fue la obra de su vida.

Escribió versos, sin embargo; pero casi todos se han perdido, y decimos casi todos, porque algunos se han salvado para probar nuestra afirmación.

Hojeando las *Memorias del General O'Leary* en el tomo trece, fojas trescientas diez y siete, encontramos una nota oficial, que al mismo tiempo es carta de condolencia, y que dice así:

«Ciudadano Comandante de Mérida:

Tengo el honor de dirigir a usted el adjunto boletín, por el cual se informará usted de la gloriosa acción de Barquisimeto, dada por el Coronel Ribas, que a la cabeza de los valerosos meridanos ha ganado a los tiranos.

El joven héroe que tan gloriosamente ha derramado su sangre en el campo de batalla, no ha muerto, ni se teme que muera; pero si cesase de existir, vivirá siempre en los corazones de sus reconocidos conciudadanos y será eterno en los fastos de Venezuela, cubriendo de honor el nombre de Picón.

Y tú, padre, que exhalas suspiros
al perder el objeto más tierno,
interrúmpe tu llanto y recuérda
que el amor a la Patria es primero.

Estos son los sentimientos que deben animar a todo republicano que no tiene más padres ni más hijos que su libertad y su país.

Yo congratulo a usted por la honra que refluye sobre su familia con las acciones de su ilustre hijo.

Dios guarde a usted—Cuartel General de Araure, julio 25 de 1813.

SIMON BOLIVAR"

Como se ve, esta carta oficial no puede ser escrita por otra pluma que por la del Libertador.

Ningún secretario se habría permitido insertar en documento oficial el cuarteto que ella contiene, y ni Bolívar le habría puesto su firma si él no la hubiera redactado.

No se aviene sin embargo la seguridad que da don Antonio Ignacio Rodríguez Picón, Comandante de Armas del Estado de Mérida, con la idea que encarna la estrofa; pero la carta está copiada literalmente.

Pasan los años, se convoca en público certamen a los poetas de Mérida, para adoptar el Himno del Estado, y obtiene el primer premio Antonio Febres Cordero, entre cuyas estrofas se encuentran éstas:

¿Qué alabanza al honor de sus hijos,
Qué alabanza más grande en la tierra:
Ser cantados del Héroe que guía
Con su espada de fuego la guerra?

Recordemos que el mismo Bolívar
Con gloriosas palabras los llama,
Cuando dicta los partes del triunfo,
Y en sus únicos versos exclama:

«Y tú, padre, que exhalas suspiros
Al perder el objeto más tierno,
Interrúmpe tu llanto y recuérda
Que el amor a la Patria es primero.»

Se perpetuó en este himno la estrofa del Libertador, y los hijos de Mérida la cantan hoy, al ritmo de su música guerrera.

No sólo pulsó la cuerda plañidera, la patriótica, sino también la humorística. *El Progreso* de Caracas publicó, y muchos diarios venezolanos, la carta original que va a continuación:

«Caracas, junio 13 de 1890

Señor M. Martel Carrión.

Mi querido tocayo y pariente:

En retribución al obsequio que me acabas de hacer hoy, día de gran celebridad, por el Centenario del Héroe de las Pampas, consistente en una hoja del naranjo que Bolívar regaba en San Pedro Alejandrino, y que

tú tomaste con tus propias manos, te copio a continuación unos versos de aquel Genio con motivo de una licencia que mi padre le pidió en verso también para vender unas mulas y con ese dinero hacer el bautismo de tu tocayo y pariente, pues que él iba a ser tu padrino. Hélos aquí:

¡Tántas razones son nulas
Para quien no tiene madre
Ni jamás ha sido padre! .....
Pero venda usted las mulas.

Tu afectísimo tocayo y pariente,

M. J. MARTEL.»

Intentó también la poesía épica. En el *Repertorio Colombiano*, por M. A. Caro, y en el tomo segundo, dice que Bolívar, después de su triunfo sobre el General español Correa, en San José de Cúcuta, intentó templar su lira virgen, y produjo un soneto. Afirma que sólo llegó a conocer esta cuarteta:

¡Compañeros que liga santa audacia,
Que en busca del suplicio o la victoria
Aún más terribles sois en la desgracia!
El peligro mayor es vuestra gloria.

Caro al publicarla, lo hace para empañar una lisonja de Olmedo al Libertador, pues el épico cantor de Junín no tuvo reparo en escribirle a Bolívar lo que sigue: «¡Siempre he dicho yo que usted tiene una imaginación singular, y que si se aplicase usted a hacer versos, excedería a Píndaro y a Osián!»

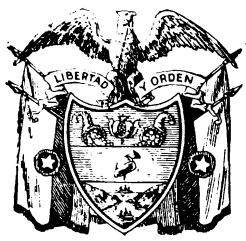
Estos ligeros apuntes sobre Bolívar, crítico literario y poeta, podrían dar motivo a estudio más profundo, pero dejamos esa labor a quien quiera ejecutarla.

Bástanos con lo que dejamos expuesto, que seguramente sorprenderá a muchos que ignoran todo lo que abarcó el Genio, y lo que produjo la pluma de oro del Hombre-Sol.

JUAN FRANCISCO PAZOS VARELA

Lima, 1938.

ESCUDO DE ARMAS DE COLOMBIA



Los legisladores del año de mil ochocientos treinta y cuatro, que decretaron nuestro *Escudo Nacional* a raíz de la emancipación de España, conocían y sabían aplicar las leyes de la heráldica con símbolos precisos para enaltecer a la Nación y rubricar con las figuras, colores y metales del *Escudo*, los hechos gloriosos de la Independencia; de manera que este mapa, que simboliza grandes y sublimes acciones y virtudes, es nuestra más hermosa tradición de la Libertad obtenida con la sangre procera derramada a torrentes durante la magna guerra.

El Congreso de la Nueva Granada, por la Ley 3.ª de 9 de mayo de 1834, decretó el actual *Escudo* (esta ley autógrafa se conservó en un archivo de Santo Domingo, junto con el dibujo original del *Escudo* en colores hasta el año de 1916) y lo organizó así:

«Su forma a manera de corazón (Panela heráldica) dividido en tres cuarteles o faxas: En el primero o superior, sobre campo azur Granada de Oro mostrando sus roxos granos, sostenida, tallada, y hoxada del mismo metal; a uno y otro lado Cornucopias de Oro inclinadas hacia abajo derramando la de la derecha Monedas de Oro y Plata y la de la izquierda Flores y exhuberantes Frutos de la Zona tórrida. En el segundo intermedio, sobre Campo de Plata un Gorro roxo (Frigio) enastado en una lanza. En el tercero o inferior, Faxa negra, Tierra, que separa dos mares y une dos continentes (1), con Costas sobre ambos mares, el Atlántico y el Pacífico, cruzando sus ondas azules dos Naves Negras, encontradas y con sus blancas velas desplegadas. La Orla y líneas que se-

(1) Con la separación de Panamá quedó de hecho muerta esta leyenda. Hoy el Istmo une dos mares y separa dos continentes, pero la faja de tierra perdura en el *Escudo* porque Colombia conserva costas sobre ambos Océanos, y ésta faja es la gráfica representación de la soberanía de la Nación sobre estas costas.

paran los cuarteles, de Oro. Sostenido el *Escudo* en su parte superior por una gran Corona de Laurel verde, pendiente del pico del Cóndor Andino, que surmontándolo y con las alas abiertas, reposa sobre el *Escudo*. Sobre una Cinta de Oro asida del mismo, sujetando la Corona y recogida por las garras del Cóndor, en letras negras la divisa: Libertad y Orden. Por Lambrequines, el Pabellón de la República».

SIGNIFICADOS Y EMBLEMAS DEL ESCUDO

Escudo Nacional. Simboliza la Patria, indica Fuerza y Defensa, es testimonio de Soberanía y por esto se usa como Sello de la Nación que representa, autenticando, valorizando y legalizando monedas, documentos, estampillas y papel moneda.

La panela. —Forma que le decretaron—recuerda la hoja de Alamo que según los Armistas denota estricto y cabal cumplimiento en los deberes así nacionales y sociales, como personales, especialmente los que impone el amor a la Patria.

PRIMER CUARTEL

Campo de azur: es emblema de Justicia, Nobleza, Piedad para el vencido, y Lealtad. Es reflejo de la inmensa belleza del cielo que cobija a Colombia.

Granada: rememora el primer nombre que tuvo este país, debido a su semejanza con la patria del Adelantado don Gonzalo Ximénez de Quesada; indica o señala a quien supo derramar su sangre para vencer; también simboliza Sabiduría y Hospitalidad.

Cornucopias —o cuernos de la abundancia:— muestran la inmensa riqueza de las minas de oro, plata, platino, cobre, hulla y muchas otras, y la fertilidad prodigiosa del suelo patrio.

Oro: indica Poder, Soberanía, Generosidad y Clemencia; también Dominio, Esplendor y Prosperidad.

SEGUNDO CUARTEL

La plata de su campo es emblema de Fe, Pureza, Integridad y Firmeza.

Gorro Frigio: pregona la Sangre Colombiana vertida a torrentes con heroismo, para obtener la Libertad y conservarla a costa de grandes sacrificios.

El Palo que lo sostiene es la representación emblemática de la lanza del caballero y también del mástil surmontado que se ponía delante de la Fortaleza indicando Jurisdicción. Aquí indica que la Nación posee la Libertad.

TERCER CUARTEL

Costas de Colombia sobre el Atlántico y sobre el Pacífico.

Tierra: emblema de Abundancia, de Trabajo y de Riqueza. Representa la Patria y el Hogar.

Sable (negro): indica Propiedad, Derecho, Prudencia, Desinterés y Secreto.

Dos mares bañando esas costas representados por *Ondas de plata y azur* que indican contratiempos sufridos con valor y constancia. Vencimiento sobre las propias pasiones, sublimado hasta el perdón y el olvido para agravios recibidos: señalan el camino de agua que condujo al país la Civilización, las muchas riquezas que sus abismos guardan y sus ondas transportan. Y el *agua* es símbolo de Sabiduría, de Animo virtuoso, y también simboliza extensión de Dominio.

Naves o buques de vela: Atestiguan y recuerdan las *Carabelas Hispanas* portadoras en sus primeros viajes de la sublime Religión de Cristo, de la noble raza española y del imponderable idioma de Castilla. Más tarde fueron portadoras de los *Derechos del Hombre* y del eco poderoso de ese aluvión de Independencia y Libertad que se llamó «Revolución Francesa,» vivo y eficaz ejemplo que dio por resultado la guerra de la Independencia, y con ésta la República.

Corona: premio al Mérito y al Valor, es emblema de estas grandes virtudes que adornaron a los próceres.

Laurel: símbolo de Victoria e Inmortalidad.

Cóndor andino: el Ave Rey, el que con la fuerza poderosa de sus alas se remonta a prodigiosas alturas, como el Aguila mirando al sol sin pestañar. Simboliza: Imperio, Independencia, Libertad y Valor. Denota la altura que alcanzó la Gloria en el suelo andino. Por su excelencia fue escogido para surmontar el *Escudo Nacional.*

Libertad y Orden: Grande y hermosa divisa; ella no necesita exp'icación: enseña las más grandes preeminencias como símbolos para servir de lema y de guía.

Lambrequines: Formados por el pendón Nacional, repetidos a uno y otro lado del *Escudo.*

El Pabellón Nacional simboliza la Patria, y el *Escudo* es el símbolo de la Soberanía de la Patria: de ahí que la combinación de la *Bandera* con el *Escudo* representa la Patria Soberana. Y por esto el ejército, que es el sostenedor y defensor de la Soberanía Nacional, es el depositario de estos sagrados símbolos, ante los cuales se descubren todos los ciudadanos en homenaje a la Patria.

No debe pasar inadvertido por qué el Escudo Nacional lo usan desde el más insignificante soldado en los botones de su dormán hasta el primer mandatario de la República en la banda presidencial que cruza su pecho, y esto es sencillamente porque representa, como ya dijimos, la soberanía nacional.

Tampoco debe olvidarse que debido a esta circunstancia todos los actos oficiales llevan como garantía el sello de la República. En las transacciones particulares el Escudo Nacional en el «papel sellado» es la garantía legal con que el Estado respalda la fe pública. ¿Qué valor tendría nuestra moneda sin el sello de la Patria?

Como se observa en el anterior estudio, los legisladores que decretaron este *Escudo*, no solamente eran doctos para aplicar las leyes de la Heráldica, sino que estaban animados del más grande amor a la Patria, a sus nobles tradiciones y gloriosos recuerdos perpetuados en los símbolos del Blasón.

Al descifrar como lo hemos hecho estos mudos jeroglíficos, no podemos menos de rendir calurosos aplausos y consagrar nuestro agradecimiento a aquellos Padres de la Patria que supieron condensar tantas glorias en el Sello Nacional.

GEORGINA FLETCHER

DESCENDIENTES DE HUAYNA-CAPAC EN EL NUEVO REYNO

En compañia de Sebastián Benalcázar salió Pedro Inca como Jefe de los Anaconas (1), descendiente de Huayna-Cápac, según testimonio del Capitán Antonio de Olalla, del Padre Alonso Garzón de Tauste, que fue su confesor como conocedor que era del idioma de los incas, de Diego Romero de Aguilar, de Juan de Sepúlveda, intérprete de la Audiencia, del Capitán Felipe de Rojas, del encomendero Juan de Melo y del Regidor Cristóbal de Marquina, que todos lo conocieron o al menos oyeron hablar de él a otros de los primeros conquistadores.

Por persona principal le tuvieron igualmente los indios que con él vinieron, y más tarde los mismos descendientes de los chibchas que como a tál «fue abido y tenido y por tal respetado».... «y conforme a la costumbre que usaban con sus Reyes en el Perú le ofrecian oro en reconocimiento de vasallaje».... «Le festejaban con gran veneración y respeto porque no se sentaban en su presencia.»

Alonso Luis de Lugo tuvo grandes diferencias con don Sebastián de Benalcázar, después de que éste regresó a Popayán. Concertadas sus discordias se convino en que don Pedro Inca quedase con sus Anaconas en el Nuevo Reyno, como gente libre, por mandato del Emperador.

Pedro Inca se estableció en Santafé y tuvo su casa poblada en la que hospedaba a muchos españoles recién llegados. En los alardes y reseñas que se hacían en la ciudad salía siempre a lucir con su compañía de Anaconas, hasta que murió cristianamente.

Argelina Inca, hija de don Pedro, tuvo sus amorcejos con el Licenciado Luis de Monzón, Visitador del Reyno, de cuyas resultas les nació una hija natural que llevó el nombre de Juana Monzón.

En compañía del Adelantado Alonso Luis de Lugo vino a Santafé Antonio Hernández, que volvió con él al Cabo de la Vela, y más tarde se

---

(1) Anaconas o Janaconas llamaban a los indios de servicio, que en número considerable trajeron los conquistadores desde el Perú.

estableció en Tunja. De sus amores ilícitos con Juana Hernández, india veleña, tuvieron por hijo a Lorenzo Gómez, que llegó a ser Alguacil de Corte en la Audiencia.

Los dos hijos naturales, Lorenzo Gómez y Juana Monzón, contrajeron matrimonio y pudieron vanagloriarse de una lucida descendencia. Fueron sus hijos Gaspar Gómez Inca, María, fray Antonio de la Orden de San Agustín, el bachiller José Gómez y Francisco Gómez Inca.

A los investigadores en genealogías corresponde estudiar este linaje a ver qué familia santafereña lleva en sus venas sangre del Inca.

ERNESTO RESTREPO TIRADO

UNA ANÉCDOTA ACERCA DE DON LUCAS FERNÁNDEZ PIEDRAHITA

Bien sabido es que el célebre historiador don Lucas Fernández Piedrahita nació en Bogotá y era nieto del muy ilustre Capitán don Juan de Collantes. En Santafé cursó sus estudios menores y mayores y se graduó de doctor en teología. Llegó a prebendado, y por causa de algunas controversias se dirigió a la Corte, donde fue muy favorecido del Duque de Alba. Juntos comían en alguna ocasión y dijo el Duque al sacerdote: muy afligido está el Rey nuestro Señor, don Carlos II, por haber enfermado repentinamente el orador sagrado que había de llevar la palabra en la solemnidad del día de mañana. A que contestó Piedrahita: Si S. M. gusta, yo predicaré. El Rey aceptó la oferta, le nombró por su predicador y le dio la licencia para que ocupara el púlpito en la ceremonia aludida.

El sermón de nuestro compatriota fue tan del agrado de S. M., que comisionó al de Alba para que le fuese a descender de la cátedra y le ofreciese la mitra de Santa Marta que estaba vacante. Pasó el Duque y le tendió la mano para que bajase. Piedrahita retiró la suya diciéndole (con aquella gracia natural de que fue adornado), «Suplico a V. E. que su mano no la necesito para bajar sino para subir. Y entonces le replicó el Duque: Pues baje Vra Ilma. Sor. Obpo de Sta Mta.»

Esta anécdota fue tomada de labios del mismo Prelado que se complacía en referirla a sus amistades.

El año que esto acontecía, 1669, Fernández Piedrahita fue consagrado en Cartagena por el Ilmo. Señor Antonio Sanz Lozano, que también lo había sido de Santa Marta. El 30 de octubre fue recibido en la diócesis que con tánta galanura le había ofrecido el Rey.

Dignas de remembranza son las fiestas que Piedrahita hizo celebrar en Santa Marta y la fundación de una casa para colegio que luégo sirvió de palacio a sus sucesores .El mismo historiador nos refiere la invasión de los corsarios que le llevaron preso a Jamaica, y su promoción a la Sede de Panamá (1).

---

(1) Resumen de la Historia de Santa Marta desde su fundación hasta el año 1678. A. de I E. 120. C 2. L 21.

ERNESTO RESTREPO TIRADO

MUTIS RECOMIENDA AL DOCTOR FERNANDO VERGARA

PARA DICTAR EL CURSO DE CIENCIAS MATEMATICAS EN EL COLEGIO DEL ROSARIO

Excmo Sr.

Señor=Constando a Vexª el amor, con que me he dedicado a poner en este Reyno los conocimientos de las ciencias útiles a beneficio de la Patria especialmte los de las matemáticas, en todos sus ramos, dando lecciones públicas en el Rl. Colegio de Nra. Señora del Rosario de la capital de Santafee desde el año de 62, o sobstituyendo mi lugar en mis forzosas ausencias los mis Cathedraticos de Philosofia escogidos a mi confemplacion, entre mis aventajados Discipulos, debo hacer presente a V. E. la buena proporción de perpetuar esta enseñanza Porque hallandose suficientemente instruido en estas Ciencias el Dr. Dn. Fernando de Vergara que acaba de ser catedrático de Filosofia en aquel Colegio, con el desempeño que manifiestan sus lucidísimos actos publicos, y animado como me lo expone este sugeto por un zelo verdaderamte Patriotico, a continuar las enseñanzas tan útiles a la Patria y al Estado especialmte en el ilustd.º Gov.º de V. E. en q' reciben toda su protección los establecimtos patrioticos qe. V. E. premedita, y a quienes comunican su esplendor la Geometria, Dibujo y calculo para saber obrar y combinar, era muy propio de mi obligacion interesarme ante V. Ex.ª para que se digne promover con su grande autoridad y patrocinio las ciencias en que forma ya sus delicias la florida Juventud americana mucho mas inflamada desde que advirtió la declarada protección que han merecido a V. E. las Matematicas por el hecho mismo de mandar a instruirse en ellas a costa de crecidos gastos a sus amados sobrinos y familiares en un colegio de Francia, y continuando en este Reino las mismas enseñanzas en su Palacio.=Siendo pues en cierto modo el único premio de mis tareas el honor que me redunda de haber sido el primero en este Reyno desde su con-

quista que ha propagado estas ciencias y el que positivamte tengo aun despues de haber nombradome Astrónomo de S. M. por la interposicion y alto respeto de V. E. en gloriarme con el titulo de Catedrático de Matematicas de aquel Colegio me seria muy sensible que llegase el caso de interrumpirse su enseñanza por mi dilatada ausencia y los nuevos empeños del Rl. servicio por lo qual suplico a V. E. que dignandose acceder a mi informe, se sirva despachar el título de Catedratico de Matematicas al referido Vergara, en calidad de mi substituto, manteniendome en posesion de catedratico perpetuo, y con la obligacion que me compete de dirijir aquellos estudios, con la superior aprobacion de V. E.=

Dios gue. &.

Mariquita 18 de octubre de 1785=Exmo. S.=Jph Celestino Mutiz= Excmo Sr. Don Antonio Cavallero y Gongora.

(A. de I. Legajo 759).

CARTA DEL VIRREY DANDO CUENTA DE HABER RESTABLECIDO LA CÁTEDRA DE MATEMÁTICAS

«Exco. Señor.

Muy Señor mio.

Si las Naciones mas Politicas de Europa sufrieron por muchos siglos un eclipse total de las verdaderas ciencias, se puede comprender en que grado de obscuridad se ve aun esta porcion de nuestro globo, que apenas ha salido del chaos de la barbarie que la posehia.

Mutis el célebre sabio español Dn. Josef Celestino Mutis, que desde el secreto de su aposento se expasiaba por todo el Reyno con el compas en la mano y comprendia bien que la naturaleza formó estos territorios como para domicilio de las ciencias Matematicas; comenzó a manifestar la luz de las artes, y de los conocimientos útiles en sus varios ramos, y hubo esperanzas que avivandole el ardor con que promovia los intereses de la Patria el Virrey Dn. Manuel de Guirior, se disiparian las tinieblas de las ignorancia, y se lograrian las grandes ventajas que han hecho felices a los Pueblos q' las cultivaban.

Persuadido Mutis que los Maestros empleados en el Colegio Real Mayor del Rosario se aplican con mas actividad a la educacion de la Juventud se felicitaba de que radicado alli mismo el amor a las ciencias provechosas, consagrarian al estudio de estas el mismo zelo que a las abstractas e inútiles. Efectivamente logró que la catedra de aquella antigua vana Filosofia en que los jovenes perdian tres años sin ningun provecho,

se convirtiera en lecciones de Logica reducida a puros preceptos, de los principios de la metafisica, y de Fisica mixta en que se incluyeren todos los ramos de las Fisico-Matematicas precedidas de las Elementales, El mismo Mutis sostuvo esta cathedra el primer quinquenio en calidad de profesor, y Director perpetuo, complaciendose tanto de haver formado aventajados Discípulos que pudiesen sucederle, como inspirado en los otros cuerpos de estudios tan grande inclinacion a estas Facultades, que parecian las únicas delicias de aquella estudiosa Juventud Americana.

Mas era necesario bregar contra el poder, y las preocupaciones de los antiguos Maestros, que miraban con ceño, y aun como una especie de combate q' se hacia a la Religion, el que por este camino se purificaba la Teologia de todos aquellos discursos sofisticos con que creen haberle enriquecido el Peripatecismo, y ser, como ellos se explican, el presidio inexpugnable de la fe catolica. Para precaver las impresiones que hacian en el Vulgo estos odiosos razonamientos, fué necesario ceder a sus importunas instancias en Junta celebrada en cumplimiento de Rl. Cedula de 18 de julio 1778, suprimiendo el nuebo methodo, y restituyendo el escolastico.

Pero los hombres sensatos, q' realmente puede gloriarse haver producido el Colegio del Rosario, han suspirado en la opresión, empeñando sus talentos y sus primeras luces en penetrar los mas sublimes misterios del calculo, y deseando comunicarlos a sus compatriotas. Entre ellos el Dr. Dn. Fernando Vergara, que en estos últimos años enseñó allí la Filosofia, tuvo aliento para mezclar lecciones de Arithmetica, Geometria, Trigonometria, y Algebra, sustentando públicamente algunas veces con aplauso aun de los mismos mal contentos; con cuya experiencia me suplicó restableciese la cathedra suprimida, proponiendo el grande interés que tenia la Nación en que se hicieran familiares las Mathematicas en un Reyno que podia enriquecerlas en todas sus partes, y enriquecerse con sus conocimientos.

Inclinado vo a proteger quanto es ventajoso a la prosperidad de los Pueblos, dirigi su Instancia con Informe del Doctor Mutis (carta anterior) al Fiscal Director de Estudios Dn. Estanislao Andino, a fin de que expusiese si havia inconveniente poderoso que prohiviese el pretendido restablecimiento. En consecuencia de mi orden pidió las correspondientes noticias a los Rectores de los Colegios públicos, y al que se llama Universidad a cargo de Pdres. de Santo Domingo, que solo abre sus aulas para sus Religiosos. I no resultando de ellos otra dificultad considerable que no haver fondos sobre que asignarse alguna pension al Maestro, fué de dictamen se consultase al Rey sobre el particular,

conviniendo en que la erección de la expresada Cathedra es importantisima en estos Dominios.

Pasé todo el expediente al Fiscal, y haciendo relacion de las utilidades que resultarian a estas Provincias, instó accediese a la solicitud de Vergara, nombrandole cathedratico en calidad de sostituto del Doctor Mutis, que lo es perpetuo, y que consiguiente informase al Rey para que del ramo de Temporalidades se dignase asignar competente dotacion, y haviendo yo condescendido a lo uno y lo otro por decreto de 6 de este mes, librando el correspondiente Titulo al Doctor D. Fernando de Vergara, en los terminos expuestos, dirijo a la superioridad de V. E. testimonio de las diligencias actuales sobre el asunto, para que informando el Real animo de esta determinacion se sirba aprovarlas, mandando que al cathedratico se acude con doscientos pesos anuales sobre el dicho Ramo: cuya Real gracia no dudo impetrará el poderoso influjo de V. E. dandonos la satisfaccion de numerar tan bello establecimiento entre las grandes acciones que distinguen por ilustrado su govierno.

Nuestro Sr. Gue. a. v. e. ms. as.

Turbaco 6 de octubre de 1786.

Exmo. Sr.

B. L. M. de V. E. su mas.

sevdo Capn.

ANT.º Arzopo. de Sta Fé

Excmo. Sr. Marqués
de Sonora.»

La carta del Fiscal don Estanislao Andino al Arzobispo Virrey en que se dice que el único inconveniente con que tropieza para el establecimiento de la cátedra de matemáticas es de no tener el Colegio fondos suficientes para pagar el sueldo del profesor, termina con este honroso párrafo:

«V. E. podrá meditar el pensamiento con la solidez que corresponda a la superioridad de luces que le adornan, y si lo estimase por acertado, podrá darse cuenta a S. M. para que se digne resolverlo, si fuese de su soberano agrado, pues estoy seguro de que asi se lograria un establecimto ventajoso para este Reyno, muy digno de que merezca tener por autor a V. E. y conque se lograria la extension de una ciencia tan util, a un Pais en que puede hacer considerables progresos y apenas es conocida.»

(Legajo 759).

ERNESTO RESTREPO TIRADO

DEPOSICIÓN DEL PRESIDENTE DIONISIO PÉREZ MANRIQUE

Don Dionisio Pérez Manrique, Marqués de Santiago y Caballero de la Orden de Santiago, estando de Ministro de la Audiencia de Lima el año 1650 fue destinado a la Presidencia de Quito. No alcanzó a posesionarse de su nuevo oficio cuando recibió el nombramiento, de fecha 20 de julio de 1651, de Presidente, Gobernador y Capitán General del Nuevo Reyno de Granada (1).

Pérez Manrique principió a ejercer sus funciones a contentamiento de sus súbditos y con gran satisfacción propia. A petición suya, apoyada con cartas de otros ministros y de particulares, se le prorrogó el tiempo de su gobierno, por Cédula de 1659, «hasta que fuera voluntad de su magd. de nombrarle reemplazo.»

Pero hé aquí que la situación cambió con la llegada del doctor don Juan Cornejo, enviado como Visitador de la Audiencia. Este recto y severo magistrado, con escrupuloso cuidado escrutó, todos los actos de los Oidores y de los del Presidente y dictó varios autos en contra de algunos de sus procedimientos. Con pretexto de que se había excedido de sus facultades e inmiscuido en asuntos que no eran de su competencia, el Marqués suspendió a Cornejo del ejercicio de la visita, se apoderó de sus autos y le notificó que en el término de tres días se retirase a 20 leguas de la ciudad.

Como es natural, las quejas de este atentado llegaron a la Corte, y el Consejo de Indias, en consulta de 19 de mayo de 1661, dio su parecer en esta forma: que luégo se proveyese al puesto de Presidente de la Audiencia respecto de que no convenía dejar allí a Pérez Manrique, hasta que se purgase de estos cargos, y que se cometiese al Nuevo Presidente que en llegando a Santafé le prendiese luégo, embargándole todos sus bienes y que le enviase preso a Cartagena mientras se feneciese su visita.

---

(1) Título de 31 de agosto 1651.

Al mismo tiempo se ordenó al Gobernador de Cartagena que llegado que fuese a aquella ciudad el dicho don Dionisio le tuviese preso con toda seguridad y custodia (1).

Dejemos la palabra al gobernante destituído, que en un memorial dirigido al Rey, desde su prisión de Cartagena, en 1663, da cuenta de su conducta:

«Don Dionisio Perez Manrique cavallero del horden de Santiago Marquez de Santiago Gobernador y Presidente y Cappn. General del Nuevo Reyno de Granada Santafe de Bogotá=Dize que haviendo Vmgd. nombrado por visitador de la dicha audiencia al Lido don Juan Cornejo, y deviendo por esto cumplir con la obligacion del puesto en que Vmagd. le instituyo tratando con justicia y verdad del usso y ministerio de la visita, sin parcialidades ni bandos y sin mezclarse en cosa extrañas de ella, procediendo con estimacion de su persona y cargo y con la que se debia a ministros de aquella Audiencia, no solo no lo hizo, sino antes altero y sacó las materias de su curso, con nota pública y sentimiento de aquellos vasallos, y hestado eclesiástico, desaforandòlos y reduciendolo todo a confusion y lastima, y sin que los ruegos y exortos que le hizo el suplicante en publico y en secreto, y los de otras personas graves, celosas del servicio de dios y de v.mgd fueron bastante a contenerle dentro de los límites de su obligacion ni atajarle lo temerario de sus resoluciones, antes bien publicada llevava hordenes de v. mgd para cortar cavezas prover y quitar puestos y hacer otras demostraciones que estando en su adbitrio, y imprudencia ponian espanto a los moradores de aquella tierra baliendose de personas indignas y destrozadas costumbres para induzir y buscar testigos contra aquellos que no sentian bien de su modo de obrar:=Inbiando al mismo tiempo a D Matheo Cornejo su primo a la provincia de Anselma, y a Don Joseph de Salas su sobrino mozo de beinte años a Santa Marta, y Rrio de la Hacha en cuyo exercicio obraron tan desconcertadamente que por querella de parte fue preciso que la audiencia procediese contra ellos, y haviendose reducido todo a estado de turbarse la paz publica de dicho Reyno, qe hasta entonces havia corrido con tranquilidad manteniendo el suplicante aquellos bazallos en paz y en justicia, y considerando siempre se le haria gran cargo si estando al suyo sucediesse algun contratiempo dificil de remediar, o algun riesgo en la persona de dicho visitador y los que le asistian y que faltaria a su obligacion, si oportunamente no atajaba los inconvenientes que devia recelar de las violencias del visitador, allandose al mismo tiempo, instado

(1) Al nuevo Presidente se le dio instrucción secreta por despacho de 25 de junio de 1661, sobre la manera como había de proceder.

requerido y protestado del fiscal de v. mgd, del cavildo eclesiastico de la justicia y Regimiento, de las comunidades eclesiasticas, y religiosas y otras personas principales y desinteresadas de aquel Reyno que instantemente clamaban por el remedio de eccessos tan perniciossos, y teniendo presentes, los exemplares de lo que se hizo con el ldo D Juan de Palacios bisitador de la audiencia de chuquisaca, y con Don Juan de Mañosca de la de quito que, aun con menores motibos fueron suspendidos, y lo que mas es creyendo el suplicante que era menor inconveniente el dilatar el castigo de los que se presumia haver cometido los delitos a que obligo a ynviar la visita que no exponer en conocido y hevidente riesgo la fidelidad de aquellos vasallos y la obediencia de aquel Reyno hasta dar cuenta a v magd. le parecio forzoso. e inescusable executar como executo entonces de suspender al Visitador de que dio cuenta a v mgd. por diferentes bias y duplicados, y reconociendo D. Juan Cornejo quan contra su conveniencia y maximas era esto, trato con sus parciales y con otros de su sequito para restituirse a su exercicio por fuerza de armas hapoderandose del estandarte Real, lo qual hubiera conseguido si mañosamente el cabildo y Ciudad no lo hubiera mudado a las cassas de ayuntamiento con buena guarda y custodia, y biendo que esta comocion militar podia causar muertes y desdichas, que forsossamente se habian de seguir de tan precipitada resolucion le ordeno que dentro de tercero dia saliesse de aquella ciudad, beinte leguas del lugar que eligiesse de mayor comodidad para su abitacion, entre tanto que v.mgd mandare otra cossa con bista y reconocimiento de los autos motivos y caussas, y razones, que obligaron a la suspenssion de este ministro, con cuya salida se experimento luego, comun sosiego en todo aquel Reyno, y haviendosse venido con algunos de sus parciales a la ciudad de Cartagena ducientas leguas de la de Santafee, y baliendose para acreditar sus intentos de informaciones hechas con personas mal afectas y sediciossas, y con especial encono se atrebio ha escribir a v.mgd contra el suplicante y a inputarle culpas tan agenas a su sangre como de su crecida edad y de los puestos en que se hallaba en premio de mas de quarenta años de servicios hechos con aceptacion de v.mgd y con obligaciones de muger y nueve hijos, pero estos informes inprisionaron tanto a los primeros ministros de v. mgd. que sin esperar la noticia de los motivos de la suspension, se le proveyo el puesto, inbiando por sucesor en interin a Don Diego de hegues mandandole prender secrestar y bender sus bienes llevando hordenes y cedulas para los Birreyes Presidentes y Gobernadores y demas justicias seculares y eclesiasticas los caciques y indios y sus doctrineros, cossa que jamas se ha visto, le asistiessen con la jente y armas necessarias, en casso que fuessen ciertos los informes del visitador pero

no solo, no lo fueron sino que habiendo llegado a desoras de la noche D Diego de Egues a Cartagena (1) despacho con anticipacion y recato avisso de su llegada a la ciudad de Santafee, donde la audiencia y cabildo le respondieron con todo rendimiento y voluntad manifestando su amor, y obediencia a v. mgd. y pidiendole que cuanto antes partiesse a governarles y mantenerles en paz y justicia como en su Rl. nombre, los avia conservado hasta alli el suplicante de que constara por testimonio y cartas del mismo D. Diego que an venido al consejo y si bien allo aquel gobierno en diferente estado de lo que se presumia no pudo dejar de executar las ordenes que llebaba y assi le enbio presso con guardas a la ciudad de Cartagena donde ha que esta mas de dos años con la incomodidad y gastos que se deja considerar, y aunque el vissitador la tubo para inbiarle a españa en estos galeones no lo ha hecho con animo de molestarle y dilatarle el recurso de la biba representacion ni tampoco ha manifestado la horden que tiene de cessar en la vissita y remitir los autos de ella en el estado en que se allase el dia postrero de diciembre, del año pasado de mil y seiscientos y sesenta y dos, y por el testimonio que presenta consta que hasta decinueve de henero de este año no le habia dado cargo ninguno al suplicante, y es cierto qe. si lo tubiera y hubiera resultado de la bissita contra el en termino de mas de dos años, haviendolo solicitado su enemigo con la autoridad de ministro que exercerla jurisdiccion de la bissita ya se la hubiera hecho notificar y fuera notorio al mundo.

«Señor dos cossas solas son las que pudieran aconsejar a esta demostracion, o el tener el suplicante aquel Reyno solebado, o allarse con tales culpas que debieran ser averiguadas en juicio de vissita, pues si ni lo primero ha sido ni puedo ser como lo avissa el nuevo Governador, ni tan poco lo segundo pues hasta aora no consta de aversele hecho cargo, no es justo, mantenerla ni tener al suplicante sin honrra sin reputacion y suspendido el credito sin mas de ventiquatro mil pesos de gasto sin haberle oido ni citado ni sin mas conocimiento de caussa, que el simple informe de una persona que el primer caracter de ministro se le dio la comission de esta vissita.

«En cuya comission de esta supp^a^ a v. mgd. se sirva de mandar se le de publica satisfaccion bolbiendole sus puestos y cargos con todos los salarios y hemolumentos que ha devido percibir y estableciendole en su credito y honrra y reputacion como en conciencia y en justicia se debe hazer y mandar que en terminos de ella, se bean todos los autos y pape-

(1) Diego de Egues y Beaumont llegó a Cartagena el 30 de septiembre de 1661. A. de I. Legajo 114.

les que haora an venido al Consejo que estan detenidos en el ni haverse reconocido para que con vista de ellos se conosca la suma justificacion con que a procedido el suplicante y los justos motibos que tuvo para suspender al visitador y el particular servicio que en ello hizo a dios y a v. mgd. de cuya justificacion espera la continuacion de los premios que su celo ha solicitado para resarcir en parte el yreparable perjuicio que se le ha seguido y se le seguira mientras no se allase restituido al estado en que se hallaba quando llegó el vissitador a aquella provincia que ademas de ser justicia recibira md en que v. mgd se sirva de mandar que en este juicio tengo boto el presidente del consejo de Indias.»

A fines del mes de mayo de 1664 el Consejo tomó en consideración la petición del Marqués, resolviendo que no habría lugar a que se le restituyese en la Presidencia por no haber recibido aún los autos de la visita. En cuanto a lo que miraba a su alivio, atendiendo a lo que había padecido con la privación del cargo de Presidente y en el tiempo que había estado preso, se le permitía pasar a Sevilla con toda su familia y que tuviese la ciudad por cárcel.

El Marqués no podía emprender semejante viaje empeñado como estaba con los gastos que tenía que hacer para el pago de sus propios guardas y el haber tenido que entregar, por orden del Visitador, a las reales cajas, una suma considerable para pago de sus salarios y de los de sus ministros.

El clima de Cartagena no era propicio a los achaques que padecía el Marqués. Deseando prolongar su existencia, suplicó al Rey que en caso de que sus dolencias no le permitiesen embarcarse en los próximos galeones, le autorizase a pasar a la Villa de Leiva, quedando allí con la ciudad por cárcel. De ello se dio aviso a Egues ordenándole que de los bienes que le tenian embargados al Marqués le hiciese dar 6.000 pesos para sus gastos (1).

Hay otra carta de Pérez Manrique del año 1676 en la que pedía que se le pagase de por vida su salario y que se le prorrogase el tiempo de la Presidencia.

En 1677, su hijo Carlos Manrique Contreras pedía recompensa por los servicios de su padre (2).

En 1678 fue jubilado este ex-Gobernador del Nuevo Reino. Tenía entonces más de 80 años.

ERNESTO RESTREPO TIRADO

---

(1) *Archivo de Indias*, Legajo 115.

(2) Otro hijo del Marqués, el Maestre de Campo Francisco Pérez Manrique, había sido enviado por su padre a Cartagena, cuando ésta se vio amenazada por el enemigo.

DESCRIPCIÓN DE LA ISLA DE SAN ANDRÉS

Por confesión de algunos prisioneros ingleses fue noticiado el Rey de todas las Españas que los súbditos de Su Majestad Británica tenían ocupada la isla de San Andrés, pero ignoraba si la tenían fortificada o nó. Mientras se tomaban algunas medidas para su reconquista se envió orden al Gobernador de Cartagena para que procurase hacer un bojeo de la isla, y si calculaba que se podía desalojar a los intrusos prestase las embarcaciones que se hallaban en Santo Domingo y Puerto Rico y con cuidado y celo se apoderase de la isla (1).

El Maestre de Campo don Francisco de Murga, Gobernador y Capitán General de mar y tierra de la Provincia de Cartagena, apenas recibió la Cédula real, comisionó al Capitán Gregorio Castellar y Mantilla, experimentado marino, de sagacidad y audacia reconocidas, para que fuese a recorrer la isla, sondeando su puerto e informándose de las fuerzas y fortificaciones que en ella tiene el enemigo.

El 9 de julio de 1631, a las cuatro de la mañana, se hizo a la vela el Capitán Castellar en la punta de la Canoa, con dirección nordeste. Al día siguiente, al mediodía se hallaron a 13° y un tercio de altura, por lo cual hizo variar el rumbo al Oeste, y así siguieron hasta la noche que se reparó toda para dar resguardo en Roncador.

El 11 por la mañana se hizo a la vela y a las doce del día estaban en 13°¼, y siguieron navegando al W¼ NW. Ya oscurecía cuando tuvo en vista las costas de la isla. Descansó toda la noche y al otro día amaneció por la banda sur de la isla, por causa de las aguas y vientos que lo empujaron. Gobernando al Norte vio dos galeras, zozobradas, arrimadas a la parte sur.

Para más claridad en la descripción sigo el relato del Capitán: «gober-

(1) Cédula fechada en Madrid en 29 de agosto de 1630.

nando siempre al Norte y descubriéndola por la banda del oeste, se corre Norte Sur, y queda a esta propia banda del oeste hecha una ensenada de las dos galeras dichas, abrigada de la brisa, capaz para dar fondo muchas armadas, limpio, y pueden llegar hasta barloar con tierra porque a veinte y treinta pasos hay seis y siete brazas de fondo, y el mejor que hay es en el medio de la ensenada en la cual hay otra como caldera, en cuya boca hay cuatro brazas y tendrá de ancho el cumplidor de una galera y en la propia boca se puede dar carena y cargar sobre las peñas porque no entra allí género de viento, y yendo con la chalupa por la caldera abajo, que tendrá de largo un tiro de arcabuz, dimos con los despojos de una fragata, que debieron de llevar a quemar a aquel puerto muchos años ha, porque estaba carcomida y las maderas consumidas y gastadas.

«De el fin de esta caleta, donde estaba la dicha fragata, se vio demostración de camino antiguo, y visto pareció haber sido de un pozo que debieron de abrir los que la llevaron a quemar.

«Veinte pasos de la mar donde se remataba el dicho camino en el cual no debieron hallar ninguna agua, pues aunque lo profundé no dio muestra de tener jugo.

«Este propio día se pesó el Sol en la isla y tomaron 12°¾ de altura, en el mismo sitio que está la caldera. Y en este propio día anduve alguna parte de esta banda del Oeste, por tierra con la infantería, y toda la testera de la banda del Sur y algo de la banda del Este, y en todo ello no se halló demostración de haber estado hombre; antes de ser inhabitable por ser tan malo el terreno, y infinidad de mosquitos, y toda murada de unos peñascos con tales puntas que parece imposible poderse andar por la isla porque cortan los zapatos como navajas.

«Domingo (12) y lunes gasté en bojearla toda marchando con la infantería, sin dejar cosa por ver así de su marina como atravesandola por algunas partes y navegandola por la costa todo lo que ella y el viento nos dió lugar. Y lo que se halló fue lo siguiente:

«Esta isla su longitud es norte sur, y tendrá seis leguas, y en su cabeza que hace al norte que es su mayor terreno, tendrá de latitud dos leguas y media. Tiene en la dicha cabeza un bajo redondo de piedra que lo baña el agua, y al nordeste de este bajo, un tiro de mosqueta está una isleta de arena, con arboleda muy baja, y sale della un arrecife, que viene dando vuelta a la mayor parte de la isla por la banda del este y estará a la mar, de tierra, media legua larga.

«Entre este bajo y isla se puede entrar a dar fondo, siendo bajel pequeño y que no demande más de dos brazas y media de agua porque

está repartido de la brisa y hace una ensenada de más de media legua larga. Y en la parte de tierra que le corresponde se alló una ramadilla pequeña y antigua y un pedazo de manta hecho ceniza y una zuela de zapato francés. En esta parte cavando, por haber hallado umedad en la tierra, allamos agua. Y de la punta del este dicha, de la cabeza de la isla, de banda del Norte, corre la costa noroeste sudeste, cossa de media legua hasta llegar a una punta que hace una montaña algo alta, en frente de la cual está otra isleta, como media legua a la mar, y de la punta se viene haciendo una ensenada que tendrá legua y media de seno, y en frente della ay otras dos isletas, y dentro della siete, anegadizas, de mangle colorado, y su fondo de esta ensenada es bajo sin genero de surxidero ni entrada por estar cercada de arrecifes y bajos dos leguas a la mar. Y en la parte de tierra 'que le corresponde se vió un camino antiguo, y seguido de docientos pasos se alló una roza, vieja, que demostraba haver sido muchos años a, sembrada, y yendo más adelante se vió otra y un bujío caído que estaba ya hecho ceniza y mostraba haver mucho tienpo que no se habitava. Y también se bieron cinco o seis matas de tabaco.

«Estas rocas y buhios estavan en un pedazo de tierra que la cercan manglares y pantanos. Y despues de muy bien bisto esto no se allo otra cossa, ni mas camino ni demostracion de que alla gentes sino la que ubo.

«Del fin de esta ensenada corre la costa al sur cosa de una legua larga, y en frente de una puntilla estan otras dos isletas cercadas por la banda de la mar de arrecifes que son los que nacen de la isleta que está en la cabeza del norte, y vienen corriendo y en la demanda todas estas dichas isletas, del norte para el sur, con que biene a quedar esta isla por la vanda del norte toda cercada de arrecifes hasta la banda del este, los cuales en unas partes salen dos leguas a la mar, y en otras una, y en otras media.

«Por la banda del este se corre esta isla norte sur, como por la banda del oeste, asta cerca del remate que va tirando al sudueste, con que se ba estrechando en la cabeza del sur; el terreno de esta banda del este es piedra y sobre ella arena blanca de reloj, con que de fuera parece playa. La mar de esta parte es muy braba y tiene los arrecifes arriva dichos fuera de los cuales tiene otros que le corre un tiro de piedra de la playa a la mar, y corre hasta dar con la cabeza de la banda del sur de la isla.

«Por la banda del sur se corre la dicha isla hasta oeste. Es su latitud

de un cuarto de legua, su terreno endemoniado por ser peñasco dicho. La mar está en esta parte siempre muy alterada y finalmente inhavitable.....»

En resumen, que en aquella época estaba desierta la isla de San Andrés, como lo comunicó a Su Majestad, don Francisco de Murga (1).

Acompaña al informe del Capitán Castellar un pequeño mapa de la isla en colores.

Legajo 109.

ERNESTO RESTREPO TIRADO

(1) Franco de Murga a S. M. Cartagena 16 de nove. de 1631.

EXTRACTO DE ACTAS

SESION DEL 1.° DE JULIO DE 1937

Presidió el doctor Otero Muñoz y concurrieron los señores Marroquín, Cuervo, Otero D'Costa, Arias Argáez, Lozano y Lozano, Dousdebés, Carranza, García Mejía y el Secretario.

Se dio cuenta de que la Presidencia de la Academia había designado a los señores Ricardo Levene y Enrique de Gandia para representar a la Academia en el Congreso de Historia de Buenos Aires, y que habían aceptado.

A don Enrique Ortega Ricaurte pasó un trabajo del señor Diógenes Piedrahita sobre la ciudad de Toro, para que dictaminara acerca del valor histórico que pueda tener.

La Universidad de Chile envía el diploma de honor concedido a la Academia por la Exposición del Libro.

El Centro Bolivariano del Atlántico solicita se nombre un delegado que tome parte en las conferencias de la Semana Bolivariana que empezará el 24 de julio en Barranquilla. Fue nombrado el señor Gabriel Porras Troconis.

El señor Cuervo propuso lo siguiente, que fue aprobado:

«Solicítese del Ministro de Gobierno se sirva ordenar a las autoridades correspondientes el levantamiento de un inventario, lo más completo posible, de las estatuas y monumentos de San Agustín, marcando con alguna señal cada objeto, a fin de poder conocer en cualquier momento la preexistencia de ellos, y evitar que se sustraigan por nacionales o extranjeros».

El General Dousdebés terminó en esta sesión la lectura de su trabajo sobre la historia de la bandera y el escudo nacionales. Fue del agrado de todos el trabajo del General Dousdebés, y se dispuso publicarlo en el *Boletín* con ilustraciones.

El doctor Lozano y Lozano manifestó que el Centro Sanmartiniano, de reciente creación en Bogotá, preparaba dos festividades o actos solemnes: el primero, un homenaje a Bolívar, Santander y San Martín al

pie de las estatuas de ellos, para el 9 de julio, y el segundo para celebrar la primera sesión del Instituto Sanmartiniano. A uno y otro invitó a la Academia. También expresó el doctor Lozano y Lozano el encargo que tenía de la Sociedad Geográfica y Estadística de Méjico, para hacer una visita a la Academia en compañía del señor Ministro de Méjico en Colombia. La Academia se manifestó muy complacida por este anuncio, y se dispuso que el doctor Lozano pronunciara unas palabras acerca de las relaciones entre Colombia y Méjico.

SESION DEL DIA 15 DE JULIO DE 1937

Presidió el doctor Otero Muñoz, y asistieron los señores Cuervo, García Samudio, Cortés Vargas, Dousdebés, Otero D'Costa, Moros, Arias Argáez, Lozano y Lozano, De la Rosa y el Secretario.

Se dio cuenta del concurso abierto por la Gobernación de Santander, para premiar la mejor biografía del Comunero José Antonio Galán.

El señor L. Tafur Garcés, de Cali, remite copia de algunos documentos relacionados con el prócer Vicente Bustamante, para complementar la biografía de este prócer de la Independencia.

Pasaron al señor Enrique Ortega Ricaurte varias consultas del señor Diógenes Piedrahita, sobre la nueva ciudad de Toro.

El Ministerio de Guerra accedió a que por el Instituto Geográfico Militar se haga la impresión de las banderas y escudos que presentó el General Dousdebés con su informe sobre la historia de las insignias nacionales. El mismo General Dousdebés quedó encargado de dirigir la impresión.

Se aprobó la moción siguiente por unanimidad:

«La Academia Colombiana de Historia registra con profunda pena el fallecimiento del doctor Carlos E. Restrepo, miembro correspondiente de esta corporación, ex-Presidente de la República, cultivador de los estudios históricos, y ciudadano que por sus grandes virtudes cívicas mereció el más alto concepto de la mayoría de los colombianos.

«Transcríbase esta proposición a la señora viuda e hijos del extinto.»

Igualmente se aprobó otra moción destinada a expresar al doctor Marroquín el sentimiento de la Academia por la muerte de la señorita Matilde Rubio Marroquín.

El doctor Lozano y Lozano insinúa la conveniencia de establecer relaciones con el Instituto Geográfico de Méjico, y a este efecto se le comisiona para proponer la forma en que deben establecerse tales relaciones.

La Secretaría presentó a la consideración de la Academia un artículo

sobre Bogotá, que ha escrito por pedimento de la Sección de Turismo del Ministerio de Obras Públicas. Dicho artículo fue leído por el Secretario, y a la Academia pareció bien que se enviara al Ministerio como colaboración.

Don Enrique Ortega Ricaurte presentó informe sobre el trabajo «Apuntes para la historia de Toro,» de que es autor don Diógenes Piedrahita. El informante acoge el dictamen proferido en el Centro Vallecaucano de Historia acerca del trabajo del señor Piedrahita.

La Cancillería da cuenta de que la premura del tiempo no permitió nombrar la delegación ante el Congreso de Historia de Buenos Aires.

El académico Cuervo informó sobre los festejos patrios de este año, y rogó a sus colegas la puntual asistencia a los actos que van a celebrarse.

SESION DEL DIA 2 DE AGOSTO DE 1937

(PRESIDENCIA OTERO MUÑOZ)

Estuvieron presentes los señores académicos Otero D'Costa, García Ortiz, Cuervo, Ortega Ricaurte Daniel, Marroquín, Lozano y Lozano, Forero, De la Rosa, Ortega Ricaurte Enrique y el Secretario.

El Presidente de la Junta de Festejos, doctor Cuervo, anunció que para el 7 del presente mes estaría listo el busto que la Academia consagra al General Santander. Llevará la palabra en la inauguración del busto el doctor Laureano García Ortiz.

Se comisionó a los doctores Marroquín y García Ortiz para visitar al doctor Eduardo Zuleta, quien se halla enfermo de cuidado.

Se estudió un oficio de la Presidencia de la Sociedad Geográfica de Colombia en relación con diferencias surgidas entre ésta y la Sociedad Colombiana de Ingenieros. La Academia acordó dar traslado al Ministerio de Educación Nacional para que si es el caso, considere el problema que se ha presentado.

Los señores Otero D'Costa y Lozano Lozano fueron comisionados para recabar del Gobierno que al convocar un Congreso de Historia en el IV centenario de Bogotá, sea la Academia la que debe organizar dicho Congreso.

La Junta del IV Centenario y de Ornato y mejoras públicas de Popayán envía la resolución que aprobó, en la cual fija el 24 de diciembre de 1938, como fecha inicial de los festejos. Pasó al señor Otero D'Costa la resolución de la Junta, a fin de que dictamine sobre los fundamentos históricos de tal documento.

El Secretario de la Academia,

Roberto Cortázar.